

Covid19

Covid19

VÍCTOR CODINA

LEONARDO BOFF

JORGE COSTADOAT

TIMOTHY RADCLIFFE

MICHAEL P. MOORE

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

JUAN J. COTTO

ANDREA VICINI

SLAVOJ ŽIŽEK

PAOLO COSTA

BYUNG-CHUL HAN

SONIA MONTECINOS

BORIS CYRULNIK

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

Título original: Covid19

Autores: Víctor Codina, Leonardo Boff,
Jorge Costadoat, Timothy Radcliffe
Michael P. Moore, José Antonio Pagola,
Juan J. Cotto, Andrea Vicini, Slavoj Žižek,
Paolo Costa, Byung-Chul Han,
Sonia Montecinos, Boris Cyrulnik, Manuel
Antonio Garretón

Sitios: Religión Digital; blog Cristo en
construcción; Fraternitas OP; Reflexión
y Liberación; Theodrama; La Civiltà
Cattolica; Russia Today; fbk.eu; El País;
CNNChile; blog Anna Forés Miravalles
Emol.com

Editorial: MA-Editores

118 páginas | 15 x 21 cm

1^a edición: 1 abril 2020

Selección de artículos, edición y diseño:
Marcelo Alarcón Álvarez
malarconalvarez@gmail.com

Contenidos

Teología

- 9 ¿Por qué Dios permite la pandemia y calla?
 ¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros?
 ¿Dónde está Dios?
 Víctor Codina SJ, marzo 22
- 13 **La fuerza de los pequeños**
 Leonardo Boff, marzo 23
- 17 **Un amor mundi vs un acabo mundi**
 Jorge Costadoat SJ, marzo 23
- 21 **El Coronavirus nos está privando del
 contacto, alimento de nuestra humanidad**
 Timothy Radcliffe OP., marzo 26
- 28 ¿Un Dios 'anti-pandemia', un Dios 'post-
 pandemia' o un Dios 'en-pandemia'?
 Michael P. Moore ofm, marzo 27
- 38 **Coronavirus: autodefensa de la propia Tierra**
 Leonardo Boff, marzo 27
- 43 **La puerta abierta**
 José Antonio Pagola, marzo 28

45 **La alegría ante el temor**

Juan J. Cotto, marzo 31

49 **La vida en tiempos de Coronavirus**

Andrea Vicini SJ., marzo 31

Filosofía, Antropología, Sociología, Psicología

66 **Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de 'Kill Bill' y podría conducir a la reinención del comunismo**

Slavoj Žižek, febrero 17

73 **Somos frágiles, pero no indefensos: el cambio es posible**

Paolo Costa, marzo 16

78 **La emergencia viral y el mundo de mañana**

Byung-Chul Han, marzo 22

91 **Coronavirus y 18-O: lo que no se resuelve y queda reprimido saldrá de nuevo**

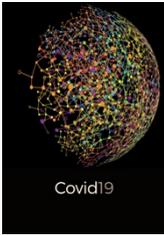
Sonia Montecinos, marzo 30

97 **Después de la epidemia, habrá una explosión de relaciones**

Boris Cyrulnik, marzo 30

106 **El punto final de un tipo de civilización**

Manuel Antonio Garretón, marzo 31



¿Dónde están los teólogos reflexionando sobre el Covid19, la pandemia, la crisis sanitaria mundial, Dios, la muerte, el sufrimiento?, me preguntó un amigo sacerdote a fines de marzo. Había estado leyendo durante la cuarentena a filósofos actuales como Žižek, Agamben, Byung-Chul Han, Cortina, quienes opinaban profusamente sobre el tema. Mi amigo tenía cierta razón, pues, salvo algunas cosas de Boff, Pagola, Codina, no se hallaban fácilmente reflexiones teológicas en línea. Sin embargo, buscando con mayor detención podía darse con algunos buenos escritos circulando en la red.

Dos días después, otra buena amiga me hizo llegar *Sopa de Wuhan*, compilación de una veintena de ensayos y artículos de filósofos y pensadores –ningún teólogo– publicados entre el 26 de febrero y el 28 de marzo de 2020 por ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).

Decidí seguir esta buena idea y así *Covid19* presenta los escritos públicos de pensadores, especialmente teólogos de España, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Reino Unido, Italia, Costa Rica, Francia, reunidos en un texto. Busca recoger las polémicas recientes en torno a los escenarios que se abren con la pandemia del Coronavirus, las miradas sobre el presente y las perspectivas sobre el futuro. *Covid19* solo ordena los textos teológicos aparecidos entre el 22 de marzo y el 01 de abril.

MA-Editores es una iniciativa editorial que se propone perdurar mientras se esté en cuarentena.

Covid19

Teología

**¿Por qué Dios permite la pandemia y calla?
¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros?
¿Dónde está Dios?**

Víctor Codina SJ¹

Publicado en Religión Digital el 22 de marzo.²

Afortunadamente, junto a los terroríficos y casi morbosos noticiarios televisivos sobre la pandemia, aparecen otras voces alternativas, positivas y esperanzadoras.

Algunos recurren a la historia para recordarnos que la humanidad ha pasado y superado otros momentos de pestes y pandemias, como las de la Edad media y la de 1918, después de la primera guerra mundial. Otros se asombran de la postura unitaria europea contra el virus, cuando hasta ahora discrepaban sobre el cambio climático, los inmigrantes y el armamentismo, seguramente porque esta pandemia rompe fronteras y

¹ Jesuita, doctor en Teología, profesor de Teología desde 1965 en Barcelona, y desde 1982 en Bolivia.

² <https://www.religiondigital.org/opinion/Victor-Codina-Dios-pandemia-milagros-coronavirus-pestes-mal-Jesus_0_2215578438.html>.

afecta a los intereses de los poderosos. Ahora a los europeos les toca sufrir algo de lo que padecen los refugiados e inmigrantes que no pueden cruzar fronteras.

Hay humanistas que señalan que esta crisis es una especie de “cuaresma secular” que nos concentra en los valores esenciales, como la vida, el amor y la solidaridad, y nos obliga a relativizar muchas cosas que hasta ahora creíamos indispensables e intocables. De repente, baja la contaminación atmosférica y el frenético ritmo de vida consumista que hasta ahora no queríamos cambiar.

Ha caído nuestro orgullo occidental de ser omnipotentes protagonistas del mundo moderno, señores de la ciencia y del progreso. En plena cuarentena doméstica y sin poder salir a la calle, comenzamos a valorar la realidad de la vida familiar. Nos sentimos más interdependientes, todos dependemos de todos, todos somos vulnerables, necesitamos unos de otros, estamos interconectados globalmente, para el bien y el mal.

También surgen reflexiones sobre el problema del mal, el sentido de la vida y la realidad de la muerte, un tema hoy tabú. La novela *La peste* de Albert Camus de 1947 se ha convertido en un *best seller*. No solo es una crónica de la peste de Orán, sino una parábola del sufrimiento humano, del mal físico y moral del mundo, de la necesidad de ternura y solidaridad.

Los creyentes de tradición judeo-cristiana nos preguntamos por el silencio de Dios ante esta epidemia. ¿Por qué Dios lo permite y calla? ¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros, como pide el P. Penéloux en *La peste*? ¿Hemos de devolver a Dios el billete de la vida, como Iván Karamazov en *Los hermanos*

Karamazov, al ver el sufrimiento de los inocentes? ¿Dónde está Dios?

No estamos ante un enigma, sino ante un misterio, un misterio de fe que nos hace creer y confiar en un Dios Padre-Madre creador, que no castiga, que es bueno y misericordioso, que está siempre con nosotros, es el Emanuel; creemos y confiamos en Jesús de Nazaret que viene a darnos vida en abundancia y se compadece de los que sufren; creemos y confiamos en un Espíritu vivificante, Señor y dador de vida. Y esta fe no es una conquista, es un don del Espíritu del Señor, que nos llega a través de la Palabra en la comunidad eclesial.

Todo esto no impide que, como Job, nos quejemos y querellemos ante Dios al ver tanto sufrimiento, ni impide que como el *Qohelet* o *Eclesiastés* constatemos la brevedad, levedad y vanidad de la vida. Pero no hemos de pedir milagros a un Dios que respeta la creación y nuestra libertad, quiere que nosotros colaboremos en la realización de este mundo limitado y finito. Jesús no nos resuelve teóricamente el problema del mal y del sufrimiento, sino que a través de sus llagas de crucificado-resucitado nos abre al horizonte nuevo de su pasión y resurrección; Jesús con su identificación con los pobres y los que sufren, ilumina nuestra vida; y con el don del Espíritu nos da fuerza y consuelo en nuestros momentos difíciles de sufrimiento y pasión.

¿Dónde está Dios? Está en las víctimas de esta pandemia, está en los médicos y sanitarios que los atienden, está en los científicos que buscan vacunas antivirales, está en todos los que en estos días colaboran y ayudan para solucionar el problema, está en los que rezan por los demás, en los que difunden esperanza.

Acabemos con un Salmo de confianza que la Iglesia nos propone los domingos en la hora litúrgica de las Completas, para antes de ir a dormir:

*Tú que vives bajo el amparo del Altísimo
y pasas la noche bajo la sombra del Todopoderoso,
di al Señor: refugio, baluarte mío,
mi Dios en quien confío.*

*Pues él te libra de la red del cazador,
de la peste funesta: con sus plumas te protege,
bajo sus alas hallas refugio:
escudo es su fidelidad.*

*No temerás el terror de la noche,
ni la saeta que vuela de día,
ni la peste que avanza en las tinieblas,
ni el azote que devasta a mediodía.*

(Salmo 90,2-7)

Quizás nuestra pandemia nos ayude a encontrar a Dios donde no lo esperábamos.

La fuerza de los pequeños

Leonardo Boff³

Publicado en *Religión Digital* el 23 de marzo.⁴

La pandemia actual del coronavirus representa una oportunidad única para que repensemos nuestro modo de habitar la Casa Común, la forma como producimos, consumimos y nos relacionamos con la naturaleza. Ha llegado la hora de cuestionar las virtudes del orden capitalista: la acumulación ilimitada, la competición, el individualismo, el consumismo, el despilfarro, la indiferencia frente a la miseria de millones de personas, la reducción del Estado y la exaltación del lema de Wallstreet: *greed is good* (la avaricia es buena). Todo esto se ha puesto en jaque ahora. Aquel ya no puede continuar.

Lo que nos podrá salvar ahora no son las empresas privadas sino el Estado con sus políticas sanitarias generales, atacado siempre por el sistema del mercado

³ Teólogo, ex-sacerdote franciscano, filósofo, escritor, profesor y ecologista brasileño.

⁴ <https://www.religiondigital.org/leonardo_boff-_la_fuerza_de_los_pequenos/Leonardo-Boff-coronavirus-desastre-capitalismo-emergencia-sanitaria-cambio-paradigma_7_2216848298.html>.

“libre”, y serán las virtudes del nuevo paradigma, defendidas por muchos y por mí, el cuidado, la solidaridad social, la corresponsabilidad y la compasión.

El primero en ver la urgencia de este cambio ha sido el presidente francés, neoliberal y proveniente del mundo de las finanzas, E. Macron lo dijo bien claro: “Queridos compatriotas, mañana tendremos tiempo de sacar lecciones del momento que atravesamos, cuestionar el modelo de desarrollo que nuestro mundo escogió hace décadas y que muestra sus fallos a la luz del día, cuestionar las debilidades de nuestras democracias. Lo que revela esta pandemia es que la salud gratuita, sin condiciones de ingresos, de historia personal o de profesión, y nuestro Estado de Bienestar Social no son costes o cargas sino bienes preciosos, unos beneficios indispensables cuando el destino llama a la puerta. Lo que esta pandemia revela es que existen bienes y servicios que deben quedar fuera de las leyes del mercado”.

Aquí se muestra la plena conciencia de que una economía sólo de mercado, que mercantiliza todo, y su expresión política, el neoliberalismo, son maléficas para la sociedad y para el futuro de la vida.

Todavía más contundente fue la periodista Naomi Klein, una de las más perspicaces críticas del sistema-mundo, que sirve de título a este artículo: “El coronavirus es el perfecto desastre para el capitalismo del desastre”. Esta pandemia ha producido el colapso del mercado de valores (bolsas), el corazón de este sistema especulativo, individualista y anti-vida, como lo llama el Papa Francisco. Este sistema viola la ley más universal del cosmos, de la naturaleza y del ser humano: la interdependencia de todos con todos; que no existe ningún ser, mucho menos

nosotros los humanos, como una isla desconectada de todo lo demás. Más aún: no reconoce que somos parte de la naturaleza y que la Tierra no nos pertenece para explotarla a nuestro antojo; nosotros pertenecemos a la Tierra. En la visión de los mejores cosmólogos y astronautas que ven la unidad de la Tierra y la humanidad, somos esa parte de la Tierra que siente, piensa, ama, cuida y venera. Sobreexplotando la naturaleza y la Tierra como se está haciendo en todo el mundo, nos perjudicamos a nosotros mismos y nos exponemos a las reacciones e incluso a los castigos que ella nos imponga. Es madre generosa, pero puede rebelarse y enviarnos un virus devastador.

Sostengo la tesis de que esta pandemia no puede combatirse solo con medios económicos y sanitarios, siempre indispensables. Exige otra relación con la naturaleza y la Tierra. Si después que la crisis haya pasado no hacemos los cambios necesarios, la próxima vez podrá ser la última, ya que nos convertiremos en enemigos acérrimos de la Tierra. Y puede que ella ya no nos quiera aquí.

El informe del profesor Neil Ferguson del Imperial College de Londres declaró: "Este es el virus más peligroso desde la gripe H1N1 de 1918. Si no hay respuesta, podría haber 3.2 millones de muertes en los Estados Unidos y 510,000 en el Reino Unido". Bastó esta declaración para que Trump y Johnson cambiasen inmediatamente sus posiciones. Mientras, en Brasil al presidente no le importa, lo trata como "histeria" y en las palabras de un periodista alemán de Deutsche Welle: "Actúa criminalmente. Brasil está dirigido por un psicópata y el país haría bien en eliminarlo tan pronto como sea posible. Habría muchas

razones para ello". Es lo que el Parlamento y la Suprema Corte por amor al pueblo, deberían hacer sin demora.

No basta la hiperinformación ni los llamamientos por todos los medios de comunicación. No nos mueven al cambio de comportamiento exigido. Tenemos que despertar la razón sensible y cordial. Superar la indiferencia y sentir con el corazón el dolor de los otros. Nadie está inmune al virus. Ricos y pobres tenemos que ser solidarios unos con otros, cuidarnos personalmente y cuidar de los otros y asumir una responsabilidad colectiva. No hay un puerto de salvación. O nos sentimos humanos, co-iguales en la misma Casa Común o nos hundiremos todos.

Las mujeres, como nunca en la historia, tienen una misión especial: ellas saben de la vida y del cuidado necesario. Ellas pueden ayudarnos a despertar nuestra sensibilidad hacia los otros y hacia nosotros mismos. Ellas junto con los trabajadores de la salud (cuerpo médico y de enfermería) merecen nuestro apoyo sin límites. Cuidar a quien nos cuida para minimizar los males de este terrible asalto a la vida humana.

Un amor mundi vs un acabo mundi

Jorge Costadoat SJ⁵

Publicado en el blog Cristo en construcción el 23 de marzo.⁶

En algún momento más de alguien ha delirado con la idea de un acabo mundi, es decir, imaginar que se acaba el mundo, que todo termina. Si hasta los animales pudieran contagiarse con el covid-19, ¿qué futuro queda a la humanidad?

Pero no es necesario ir muy lejos para enterarnos del significado de esta antigua expresión latina. Un acabo mundi ha habido muchas veces en la historia de la humanidad, y sigue habiéndolos. Apenas transcurriros 50 años de la Conquista de América –a causa de las pestes, la esclavitud y las matanzas de los nativos– murió el 95% de la población de la zona caribeña. Los que quedaron supieron qué era que su mundo se desintegrara.

En nuestra zona sudamericana, los chilenos avanzaron hasta Tierra del fuego. La empresa colonizadora extinguió

⁵ Sacerdote jesuita, Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.

⁶ <<http://jorgecostadoat.cl/wp/>>

los pueblos Selk'am, Yagán y Kawésqar. La misma República inició una Pacificación de la Araucanía con sables, mapas, reglas y escuadras para medir el territorio. De las 5,5 millones de hectáreas mapuche dejó 0,5 a sus propietarios, los que fueron arrinconados en "reducciones" con las peores tierras. Muchas veces la misión cristiana trató a sus habitantes como paganos. El Estado, por medio de la escuela pública, prácticamente acabó con el mapudungún y avergonzó a los niños de haberlo aprendido. El gobierno del general Pinochet, por su parte, allanó el camino para que la oligarquía chilena nuevamente se apropiara de las tierras que quedaban. Dictó la ley que convirtió las comunidades en propiedades privadas. La República de Chile y la oligarquía empresarial han sido genocidas. Nadie diga que nuestros aborígenes no han vivido un acabo mundi.

¿Y hoy? No está mal dejarse llevar un rato por el miedo. Imaginemos lo peor. ¿Qué hacer para impedirlo? Dos son las posibilidades: una fuga mundi o un amor mundi.

El recurso a la fuga mundi, huir del mundo, es antiguo. Lo han conocido los griegos, los anacoretas cristianos, las sectas apocalípticas y la llamada cota mil. Lo Barnechea, en los años de la Dictadura, se deshizo de un campamento completo. Manu militari, fue a botar a sus pobladores a Cerro Navia. La gente perdió su trabajo. Sus hijos, heridos en su dignidad de por vida, cabalgan ahora sobre el caballo del General Baquedano. La fuga mundi es instintiva. Se da en la actualidad en todos nosotros cuando estamos más preocupados de evitar el contagio de los demás que contagiarlos nosotros a ellos. La fuga mundi consiste en salvar el cuerpo, el alma, la clase, la cultura, la religión, las posesiones a costa de los demás o

dándonos lo mismo su suerte. La fuga mundi opera demonizando al resto. Pues, si los otros son distintos de nosotros, si la humanidad y la bendición del cielo son nuestras, ellos, los desechables, pueden ser explotados u olvidados sin problema.

La alternativa a la fuga mundi es el amor mundi: el amor a un mundo que debiera ser nuestro, que pudiera llegar a ser nuestro porque no lo es y que lo será si se dan las batallas necesarias para integrar a los demás con sus diferencias. Las actuales circunstancias son un momento privilegiado para adentrarse cada uno en su propio corazón. ¿Cómo y para quiénes hemos vivido? Supongamos que para los nuestros. Pero, ¿a costa de quiénes? ¿Cuánto le hemos costado al planeta? Recluidos en nuestras casas –los que pueden hacerlo, no así los reponedores, las cajeras, los empleados farmacéuticos, los choferes, las doctoras y los enfermeros, los servidores públicos, tantos, comenzando por los basureros, y muchas otras personas que trabajan para nosotros– podemos hacer cuentas con la historia.

Nos contagiamos el coronavirus. Pero, para defendernos, hemos a dar la pelea juntos. Se trata de un terrible enemigo. Pero, si actuamos como hermanos, si somos disciplinados en cuidarnos, lo derrotaremos y triunfaremos también sobre la catástrofe económica impajaritable.

Todas las prácticas de amor por un mundo que todavía no compartimos como debiéramos, anticipan el fin de calamidades morales. Si actuamos como si el peor enemigo no fuera el virus sino nosotros mismos, si nuestro amor mundi fuera la locomotora de nuestra vida personal y colectiva, las enfermedades serían menos

tristes. Porque el virus es un bicho más, y alguna buena función cumplirá en la compleja red de relaciones entre los seres vivos e los inertes, pero la más temible de las pestes es la del egoísmo y la codicia.

¡Quién sabe! Tal vez, de octubre de 2019 a octubre de 2020 hayamos terminado de aprender lo único realmente importante. ¿Qué? Aquello que aún no existe, pero que solo con amor podemos y debemos inventar. Porque sin amor mundi se nos hará muy cuesta arriba cuidar el agua y derrotar la sequía con obras públicas de gran envergadura, cumplir con los compromisos sociales, económicas y políticas adquiridos recientemente y, por último, superar esta tristísima pandemia.

El Coronavirus nos está privando del contacto, alimento de nuestra humanidad

*Timothy Radcliffe, OP.*⁷

*Publicado en inglés en Fraternitas OP como Coronavirus is depriving us of touch, the nourishment of our humanity el 26 de marzo.⁸
Traducción de Marcelo Alarcón A.*

En la fila para pasar la seguridad en el aeropuerto de Tel Aviv la semana pasada, me fascinaron los movimientos de ballet (*balletic movements*) del hombre que estaba frente a mí. Casi bailó mientras maniobraba sus maletas para que nadie pudiera acercarse a él a menos dos metros. Probablemente él era sabio, pero para mí evocó vívidamente dos aspectos del nuevo mundo en el que vivimos lo mejor que podemos. En primer lugar, la inseguridad. La amenaza de la muerte flota en el aire, literalmente. Somos vulnerables.

Cuando tuve cáncer tres años atrás, me vi confrontado con mi misma mortalidad. Pero esto es diferente cuando

⁷ Teólogo y ex Maestro General de la Orden de Predicadores (Dominicos), Reino Unido.

⁸<https://www.fraternitiesop.com/essay/sign-of-our-times/coronavirus-is-depriving-us-of-touch-the-nourishment-of-our-humanity/#.XoPqH9POnFS>.

afecta a todos los que amamos. Las dos personas con las que soy más cercano en mi comunidad en Blackfriars tienen un alto riesgo. Uno de ellos tiene solo cincuenta años, pero tiene una enfermedad, lo que significa que no tiene inmunidad en absoluto. Ambos son los hermanos con quienes he estado de vacaciones todos los años durante muchos años. Quizás nunca lo vuelva a hacer. La única forma en que puedo responder es disfrutarlos ahora. Sus vidas son un regalo por el que puedo dar gracias todos los días. Fui y compré una botella de vino para tomar una copa con quien todavía puede compartir espacio conmigo. La gratitud inunda mi ser; tendremos una noche maravillosa. Pero acaba de llamar para decir que debemos posponerlo, porque no está bien.

El joven de las maletas también era una imagen de aislamiento. Cada extraño, e incluso amigo, es visto como una posible amenaza para nuestra vida, y yo para él o ella. La seguridad se encuentra solo manteniéndonos separados. Pero ¿cómo podemos vivir en aislamiento? Necesitamos proximidad y contacto, abrazos y besos, para estar realmente vivos.

En la Capilla Sixtina, Miguel Ángel muestra el dedo de Dios tocando a Adán en la vida. Todos somos manos del Dios que da vida cuando tocamos a los demás con amabilidad y respeto. El tacto es el alimento de nuestra humanidad. ¡Los abuelos y nietos que no pueden abrazarse están viviendo una profunda carencia!

El cyberspacio no es lo mismo, pero...

Estoy profundamente agradecido, como nunca, por vivir en una comunidad. Incluso en este terrible momento,

puedo salir de mi habitación y encontrar hermanos. Vivo en una hermosa ciudad llena de parques en los que puedo caminar y ver los signos de la primavera. No tengo motivos para quejarme. Pero millones de personas están privadas de la cercanía física que necesitamos para crecer (*flourish*).

Por otro lado, el ciberespacio está lleno de mensajes que expresan amor y preocupación. "¿Estás bien?" "¿Has vuelto de Israel?" He recibido tres desde que comencé a escribir este breve artículo. De pronto, cuando no debo tocar, estoy en contacto con personas a las que no he visto en años. Sí, hay aislamiento, pero también una nueva y amplia comunión de quienes se preocupan. Por supuesto que no es lo mismo. Extraño los rostros de aquellos a los que amo.

Ayer por primera vez en mi vida, ¡qué confesión!, usé Skype. Contacté a un amigo que vive en el extranjero para averiguar cómo estaba. Por la noche, usé Skype (*skyped*) con otro hermano que está separado de nosotros. Era mejor que nada, pero no es lo mismo que ver un rostro en tres dimensiones. Por lo general, no nos sentamos frente a las pantallas mirándonos. Las caras se ven mejor en miradas laterales, vislumbres inesperados, sorprendidos cuando uno entra en una habitación. No miramos fijamente las caras de aquellos a quienes amamos, tal como nos enfocamos sin descanso en la pantalla cuando usamos Skype o Zoom. Cuando estamos juntos físicamente, nos miramos suavemente, discretamente, desde todos los ángulos. El hermano que vi por primera vez me dijo que, en hebreo, los rostros iluminan. Es como si la luz brillara desde nuestros ojos iluminando a quienes amamos. Disfrutamos su resplandor, como tomar el sol en

una playa; descansamos en su mirada. ¡Echo de menos tantos rostros en este momento!

*Ayunar desde la intimidad compartida
del cuerpo de Cristo*

Ayer celebramos la última de nuestras eucaristías públicas, por un tiempo. Mientras salíamos en procesión un amigo saludó con la mano. Estaremos ayunando desde la intimidad compartida del Cuerpo de Cristo. Los primeros cristianos sorprendieron a los paganos por la intimidad de nuestro contacto con el beso de la paz. Todo eso se detiene por el momento. Pero ¿cómo podemos privar a la gente de la Eucaristía? Interiormente, me rebelé contra la decisión de la Iglesia de cerrar todas las liturgias públicas, aunque racionalmente sé que es inevitable. Por supuesto, el trabajo pastoral y las confesiones continúan, a menudo discretamente en bancos en jardines, dejando que el aire fresco nos evite el contagio mutuo.

Como miembros de la Orden de Predicadores, debemos encontrar todas las formas posibles para proclamar el Evangelio. Nuestros estudiantes dominicos están explorando nuevas formas de llegar a la web; nuestras clases universitarias serán online. Nunca ha habido un esfuerzo tan vasto para alcanzar el evangelio en el continente digital. ¡Maravilloso! Y, sin embargo, la mayor parte de la alegría de la predicación proviene de los rostros, las sonrisas y las carcajadas de las personas a las que uno se dirige. San Agustín dice que deberíamos enseñar con risas (*hilaritas*), euforia e incluso éxtasis. Es intensamente mutuo. Cuando la ocasión es bendecida, el predicador y la gente se inspiran mutuamente. Un imán

sufí del siglo XV, Mullah Nasrudin, dijo: "Hablo todo el día, pero cuando veo brillar los ojos de alguien, entonces lo escribo". Entonces, para mí, este es al mismo tiempo un momento de intensa comunión y también de privación, de amigos redescubiertos y de ausencia, de alcanzar, pero no tocar. Esperamos y confiamos en que todo lo que perdamos en este tiempo de plaga, se recuperará en poco tiempo. El coronavirus pasará.

Algo bueno de este contagio

Pero hay algo en el aire que puede ser contagioso para el bien. Rezo para que en Gran Bretaña podamos recordar esta época como el momento en que recuperamos la sensación de ser una sola comunidad nacional. El gobierno conservador hizo un extraordinario anuncio: si una empresa despide a un empleado del trabajo, en lugar de despedirlos, el gobierno pagará el 80% de su sueldo.

Esta intervención del Estado no tiene paralelo en la historia de Gran Bretaña y su costo es difícil de imaginar. Lentamente, nuestros políticos se están dando cuenta de que, a menos que se tomen medidas tan drásticas en favor de los más pobres, las personas con cero horas de contrato, los que ganan menos, el resultado podría ser un malestar social que Europa no ha visto desde la revolución francesa.

Una sola comunidad humana de la que no podemos salir

Solo podemos sobrevivir como sociedad mediante un cambio radical. Las enormes desigualdades de riqueza han debilitado tanto nuestros lazos comunes que el

sufrimiento financiero extremo podría provocar la desintegración social.

El grito de los políticos conservadores desde la crisis financiera de 2008 ha sido "estamos todos juntos en esto". Pero, no era cierto. Quizás al menos parte de la élite política necesita ver que, si realmente no estamos todos juntos en esto, las consecuencias serán casi impensables. Por supuesto, como firme europeo, espero que lleguemos a ver eventualmente que no podemos prosperar (*flourish*) sin nuestros amigos europeos. El Brexit no podría haber ocurrido en un momento más inoportuno. Ojalá podamos descubrir que, así como el virus traspasa (*reaches*) las fronteras nacionales y no necesita visas, nosotros debemos renovar nuestro sentido de que pertenecemos a una sola comunidad humana de la que no es posible salir.

Post scriptum: lo que tengo que aprender

Estaba en el aeropuerto de Tel Aviv, volviendo a casa después de un mes con mis hermanos en la Ecole Biblique de Jerusalén. El virus había interrumpido la vida de la Ecole; la mayoría de los profesores habían quedado varados en el extranjero, sin poder regresar, pero aún así me lo pasé de maravilla leyendo las últimas investigaciones sobre el Nuevo Testamento.

Después de casi 50 años de sacerdocio y una incesante predicación, enseñanza y escritura, tenía un descanso. Era hora del 'Sabbath'. Pero, después de un mes, tenía hambre de volver a trabajar. Tenías que preparar conferencias para el verano en América, Francia e Inglaterra. Ahora están todas canceladas. Solo hay unos pocos artículos para escribir sobre la crisis. He descubierto que las tareas y los

objetivos me conducen más de lo que me había dado cuenta. ¡Ahora debo aprender a vivir de manera diferente, como lo hacen la mayoría de las personas a los casi 75 años de mi edad!

Un amigo australiano me había enviado CD de sus compositores favoritos. ¿Puedo aprender solamente a sentarme y escuchar, incluso a media mañana? ¿Leeré una obra de Shakespeare solo porque es maravillosa y por puro placer? ¿Puedo vivir en este momento, atendiendo a las personas que me necesitan ahora y estar contento incluso si nadie llama? ¿Puedo aprender que no tengo que justificar mi existencia y demostrar a los demás que mi vida vale la pena?

Este tiempo sabático me invita a prepararme para el próximo Sabbath del Señor, cuando descansaremos en su paz. El teólogo del siglo XII Peter Abelard evocó esta visión del final del viaje:

*Sábado a sábado
triunfa eternamente
la alegría que no tiene fin,
de almas en vacaciones.*

¿Un Dios 'anti-pandemia', un Dios 'post-pandemia' o un Dios 'en-pandemia'?

Michael P. Moore, ofm⁹

Publicado en Religión Digital el 27 de marzo.¹⁰

“De lo que no se puede hablar es mejor callar”, decía el filósofo austríaco L. Wittgenstein, y se refería a “temas” como los que quiero reflexionar breve y apuradamente ahora: Dios, el mundo, la libertad, etc. “De lo que no se puede hablar...” es mejor intentar decir algo, creo yo: con respeto, pero con claridad y firmeza (al menos, con la claridad y firmeza que nos permiten las cosas de la fe). Porque lo que se pone en juego en estas situaciones es –nada más y nada menos– que nuestra imagen de Dios: ¿quién es el dios en el que se basa mi fe y cómo se relaciona con la(s) historia(s)?

⁹ Hermano de la Provincia argentina San Francisco Solano, desde 1986. Actualmente reside en Salta, ciudad ubicada al norte de Argentina. Doctorado en Teología Fundamental por la Universidad Gregoriana de Roma.

¹⁰<https://www.religiondigital.org/opinion/Michael-Moore-Dios-anti-pandemia-post-pandemia-teologia-coronavirus-jesus-salvacion-hombres_O_2216178370.html>.

Humanamente es entendible que, en situaciones de grandes calamidades, el hombre –de ayer y de hoy– acuda a dios o a las divinidades –tengan el nombre que tengan– para que solucionen aquello que ya nosotros –las ciencias– no podemos solucionar porque que escapa de nuestras manos; y esto, sobre todo, cuando se ve amenazado el don más grande que tenemos: la vida.

Concretamente, en estos días en que nos vemos seriamente azotados por una pandemia, desde distintos sectores de la Iglesia –y me refiero específicamente a la Iglesia católica, a la cual pertenezco– se acude a cadenas de oración, pedidos de intercesión a santos, rezos ante imágenes (supuestamente) milagrosas, etc. para que, por su mediación, Dios intervenga y frene el flagelo, o, al menos, consuele a los desconsolados. Esta actitud presupone –generalmente a nivel preconsciente– que Dios puede hacerlo y que, quizá lo haga, si nosotros insistimos “con mucha fe” (¿?).

Inevitablemente, si pensamos un momento esa postura, desembocamos en aporías que no hacen más que infantilizar o debilitar la fe: ¿si Dios puede evitar esta desgracia, por qué no lo hizo antes? (damos por sentado que ya hemos superado, al menos, esa imagen de un dios que mandaba desgracias como castigos o como pruebas), ¿es que Dios necesita que nosotros lo convenzamos para que haga algo? En este caso, pareceríamos ser mucho más misericordiosos y atentos al sufrimiento del mundo que Dios mismo. Sobre estos tópicos se ha cansado de escribir el teólogo español A. Torres Queiruga quien “define” a Dios, precisamente, como el “Anti-mal”. Pero que lo sea no implica que deba ser un Gran Mago que, desde “el cielo” y de vez en cuando –muy

de vez en cuando, por cierto- intervenga con golpes de varita mágica para interrumpir el curso de las leyes y de las libertades, y así evitar el sufrimiento de los hombres.

El COVID 19 existe porque también los virus forman parte de un mundo finito y en evolución: de la única manera que podría haberlo hecho un Creador. El freno a este flagelo depende del descubrimiento de la vacuna necesaria, y esto es obra y responsabilidad del hombre, no de Dios. Porque la historia está en nuestras manos... y nuestras manos, sostenidas por las de Dios (si se me permite tan antropomórfica metáfora), Dios-hace-haciendo-que los hombres hagamos.

Argüir que no podemos quitarle al creyente su última esperanza en que "Dios puede hacer algo" -si somos muchos los que insistimos- es como ofrecerle un antídoto que sabemos falso, porque no lo curará. No me parece honesto. Otra postura -muy distinta- es la del creyente que se sabe habitado, sostenido y acompañado por el Espíritu y lo tematiza en su oración; que sabe que su vida está inmersa en otro Vida de la que ha nacido y a la que retornará (perdón por las metáforas, ahora, espacio-temporales) y que cree esperanzadamente que ninguna muerte tiene la última palabra. Aunque sí penúltimas... y muy dolorosas.

Sé que estas breves líneas necesitarían más explicaciones (por ejemplo, para superar el literalismo bíblico), porque es mucho lo que se pone en juego y porque arrastramos años de una catequesis que ha condenado a muchos creyentes al infantilismo; y, a otros tantos, a alejarse de Dios. Necesitamos caminar hacia una fe adulta que permita decir una palabra, desde la fe y que esté a la altura de las circunstancias. Para nosotros y para

los demás: “estén siempre dispuestos a dar razón de su esperanza a todo aquel que se los pida, pero háganlo con humildad y respeto” (1 Pe 3,15). Y con claridad.

Es necesario dejar de cargar a Dios con la responsabilidad de frenar este mal que azota hoy a muchos hombres y mujeres. Ni Dios envía sufrimientos al mundo ni, estrictamente hablando, los permite, puesto que esto último supone creer que, pudiendo evitarlos, no lo hace. Porque, ¿qué padre, qué madre, no haría cuanto esté a su alcance para minimizar el dolor de cualquiera de sus hijos? (A. Torres Queiruga). Y si, al menos como afirmamos los cristianos, Dios es amor, Dios es el amor, sería contradictorio con su esencia pensar que pudiendo evitarnos sufrimientos, por alguna “misteriosa” razón, no lo hace. De aquí surge, claramente, que debemos también repensar el tema de la llamada “omnipotencia divina”. Pero prefiero en este espacio responder no desde la discusión hipotética y teórica, sino desde un hecho concreto. Por eso, he titulado estas líneas desde la idea de un “Dios post-pandemia”. Me explico.

Los cristianos creemos que Dios se ha revelado de un modo pleno -aunque no único- en la historia de Jesús de Nazaret; por eso debemos volver una y otra vez la mirada del corazón a esa vida. Vida que termina en el fracaso de la cruz (J. I. González Faus) -y nos escapemos rápido a la resurrección-. En medio de aquel escenario de dolor, los evangelistas ponen en boca de los que contemplan al crucificado, una suerte de súplica/puesta a prueba: “si es el Hijo de Dios que baje de la cruz y creeremos en Él...” (Mt 27,40; Mc 15,31; Lc 23,35). Esta actitud es sumamente comprensible, me atrevería a decir “muy humana”. Al menos, creo que es la de todo creyente -de cualquier

creencia- cuando se encuentra frente al misterio del dolor: pedir ser bajado de la cruz. Y aquí, me parece, nace gran parte de la paradójica novedad del cristianismo: porque el Padre no baja de la cruz a su Hijo amado. Muere. Y muere sufriendo, fracasado, solo, titubeante entre la desesperanza (Mc 15,34) y la entrega confiada (Lc 23,46).

Luego, los cristianos, es decir, los que ponemos el centro de nuestra fe en la historia de Jesús, tenemos que hacer teología post-factum, esto es, después del hecho concreto: Dios no lo des-clavó "milagrosamente" de la cruz. Hacer teología, pensar creyentemente (en forma adulta) supone asumir ese duro dato de realidad, y preguntarnos: ¿si no intervino en el destino de su Hijo -y esto porque habría implicado violar la libertad de los hombres que habían decidido que su propuesta era in-útil-, tenemos derecho a reclamarle que lo haga en nuestras historias?

También en la cruz hay revelación: se nos dice algo importante sobre Dios y sobre la vida; sobre las víctimas y los verdugos. Lo primero que se manifiesta, evidente, es que nuestro Dios respeta la autonomía de sus creaturas y de su creación; y, lo segundo, el escandaloso poder de la injusticia sobre los buenos, de los verdugos sobre las víctimas. Aunque sólo se le concedan palabras penúltimas porque, al menos los cristianos, creemos en la resurrección, entendida no como la revivificación de un cadáver, sino como el triunfo de la Vida sobre la muerte: Dios tiene la última palabra y, así, relativiza el señorío de la(s) muerte(s). Pero no lo hace "saltándola" sino atravesándola; si se me permite la obviedad: Jesús resucita después de morir.

El Padre no lo baja de la cruz; lo rescata de la tumba. Subrayo esto para no quitar nada de la densa oscuridad

que tiene la máxima expresión de nuestra fragilidad: la muerte. De alguna manera, Dios “nos entiende” porque sufre la muerte de su Primogénito –como sigue sufriendo cada muerte de cada hijo–; pero, aun sufriendo, no hace el “milagro”. Y nótese que los judíos piadosos decían que si se producía ese portentoso –que sea bajado de la cruz– creerían en Él... y, entonces, uno puede preguntarse: ¿no vino Jesús para que creyéramos en Él, en su mensaje, en el Padre que mostraba? ¿por qué no hizo ese “pequeño esfuerzo” y todos habrían creído –ayer y hoy– en Él? Repito, pues, hay que hacer teología *post-factum*: Dios no negocia su modo de ser y obrar con nuestras condiciones. Nuestra fe no puede depender de esas intervenciones pseudo-milagrosas.

Mientras escribo estas líneas, sólo hoy y sólo en Italia, más de 600 personas fallecieron, más de 600 hijos de Dios. No son números; son vidas y son historias. Y son familias que quedan destruidas. Personalmente, hago teología después de la cruz, post-pandemia. Y me pregunto –una vez más– quién y cómo es mi Dios. Y así como no pedí que bajara a mi mamá de su lecho de cruz y dolor mientras moría, no lo haré tampoco hoy. Descubro al Dios en quien creo sosteniendo a tantos hombres y mujeres que, en estos mismos momentos, están arriesgando su vida para que otros vivan. Y renuevo –en el claroscuro de la historia– mi profesión de esperanzada fe que me susurra –como compartí ayer– que la muerte no tiene la última palabra. Pero sí penúltimas. Que escandalizan. Y duelen mucho.

Trato de reflexionar e invitar a una lectura de fe sobre este acontecimiento doloroso que está sufriendo gran parte de la humanidad. Para los creyentes y/o buscadores,

de un modo particular en los momentos de cruz, la mirada del corazón se dirige al cielo preguntando ¿por qué Dios no hace algo? ¿dónde está Él mientras tantos hijos suyos se deshacen en el dolor, y resbalan, lentamente, hacia la muerte? ¿existe, en verdad algún Dios... y si existe, cómo es? Son cuestiones que no pretendía ni pretendo responder de forma exhaustiva; pero como creyente -y como teólogo- la vida y, en este momento, su lado oscuro, me interpela a decir algo que me consuele, que me sostenga, que me siga animando y que no se resuelva en la postura que, a mi juicio, suena un tanto fideísta: frente al mal, hay que cerrar los ojos -y la inteligencia- porque es un misterio... como lo es Dios. Sin duda, Dios es esencialmente un misterio que, aún después de revelarse, sigue permaneciendo tal; y esto se agudiza cuando ponemos en diálogo el binomio Dios-mal. Pero esto no nos inhibe, más aún: creo que nos empuja a intentar decir algo. Con temor y temblor. Pero algo. Nos asomamos al misterio, nos sentimos seducidos y nos animamos a balbucear algunas palabras, aunque sean provisionarias.

Si así he hablado de un “Dios anti-pandemia” y de un “Dios post-pandemia”, ahora me gustaría intentar descubrir algo de Dios en medio de esta realidad: un “Dios en-pandemia”. La tesis es que, de alguna manera -y subrayo esta matización- Dios está sufriendo en y con los que sufren este flagelo, y también está salvando con y a través de tantos que están arriesgando su vida para que otros vivan.

Soy consciente del riesgo de antropomorfización que supone hablar así; pero prefiero correr este riesgo a postular un Dios indiferente y ocioso, o un Dios milagrero que todavía no se ha decidido -porque quizá

todavía no lo hemos convencido a base de súplicas y ofrendas- a frenar esta pandemia (y mientras escribo esto, las víctimas oficialmente reconocidas ya superan largamente las 13000).

Entre los muchos textos bíblicos que podría elegir como disparador para esta reflexión, quiero detenerme sólo en uno, porque creo que es el más explícito. Me refiero al pasaje mateano conocido como “del juicio final”: Mt 25,31-46. Envuelto en el lenguaje apocalíptico propio de la época, se encierra una de las verdades más importantes del cristianismo: la imposibilidad de separar el amor a Dios del amor al hombre, y la necesidad de encontrar a Dios en el hombre y al hombre en Dios. De un modo más concreto, el texto habla del hombre que sufre distintos males: hambre, pobreza, exclusión, prisión, enfermedad... y es urgente alargar la lista a tantos otros “nuevos” sufrimientos que padecen nuestros contemporáneos. Pero, para el tema que nos ocupa, resulta significativo que Jesús hable concretamente del mal de la enfermedad. Y que se declare identificado con el que la padece: “cada vez que lo hicieron... a mí me lo hicieron”. La clave está en ese versículo 40: “a mí”; en efecto, “el vaso de agua dado al pobre no podría alcanzar a Cristo si no le ha alcanzado primero la sed de ese pobre” (J. I. González Faus).

Hay aquí una identificación –si se me permite la osada expresión- más que sacramental. Jesús no dice “es como si me lo hicieran a mí”, sino “a mí me lo hicieron”. De aquí surge una primera revelación: de alguna manera, Dios sufre por medio de su Hijo en el sufrimiento de cada hombre con el cual Él sigue identificado. Hay una suerte de prolongación vicaria del Crucificado en la carne herida de los hombres y mujeres que siguen crucificados... hoy,

por esta pandemia. Por eso titulamos estas líneas “Dios en-pandemia”, como una invitación a intentar descubrir dónde está nuestro Dios en medio de esta noche oscura. Y la respuesta que brota del texto evangélico es: Dios está sufriendo con el que sufre. Como también lo proclama el profeta Isaías: “en todas las aflicciones de ellos, él estaba afligido” (Is 63,9). Claro que, para muchos, esto no basta. Porque preferirían no un Dios que sufre con ellos sino un Dios que evita el sufrimiento, que no sufre ni deja sufrir. Esto es humanamente entendible. Pero ¿es eso lo que se revela en el Crucificado? Por eso, como venimos sugiriendo, el tema de este mal concreto nos está invitando a repensar quién es el Dios en quien creemos.

Y en el texto que comentamos, se insinúa como respuesta otra escandalosa revelación: Dios está presente no como aquel que evita el dolor del mundo, sino como aquel que lo padece y soporta y, entonces, es el hombre quien está llamado a evitar el sufrimiento de Dios en la historia. Dicho gráficamente: la pregunta que el hombre dirige al cielo en medio de su dolor ¿por qué no haces algo?, Dios la devuelve al hombre desde su identificación con el sufriente. Y desde allí nos interpela para que aliviemos su dolor, que es el mismo dolor de su creatura. Dios es el que sufre y es el hombre quien está convocado a dar el vaso de agua para calmar su sed, que es la misma sed del sediento. Es el hombre el que está hoy urgentemente interpelado para ayudar -de la manera que pueda- en esta pandemia.

Así, una vez más, se nos revela la “insoportable” discreción de Dios (Ch. Duquoc) que afirma la total autonomía de la historia y que sólo interviene con la llamada silenciosa de su amor. Dios como solidaridad que

acompaña, y no como poder que interviene y reclama (J. I. González Faus). O que sólo lo hace a través de tantos y tantas que, en estos precisos instantes, están arriesgando su vida en favor de otro... generalmente desconocido. Gratuidad pura. Y no interesa en nombre de quién o de qué lo hagan: esto resulta claro en el pasaje mateano, donde unos y otros declaran no conocerlo, es decir, no ayudan “en nombre de Dios”. Sin embargo, allí se están jugando la salvación; y quiero extender la significación de esta palabra tan ambigua en el lenguaje de la fe, hacia más acá de la otra vida: vivir como salvados, aquí y ahora, supone haber encontrado un sentido pleno a la vida. Aunque eso implique perder la propia.

La insolente realidad del mal y del dolor del mundo –que hoy viene del virus COVID 19– empuja más al escándalo y la protesta que a la fe; a la duda, más que al asentimiento. Pero también puede ser una ocasión para purificar esa misma fe y descubrir qué es lo esencial en ella. Por mi parte, me gustaría de-finirla y para concluir, desde la exhortación que el mismo Jesús nos hace: “misericordia quiero y no sacrificio” (Mt 9,13; 12,7). Mientras Dios no llegue a ser “todo en todos” (1 Co 15,28) continuará el sufrimiento en el mundo. Se trata, en el mientras tanto, de descubrir a un “Dios en-pandemia” y practicar la misericordia, para aliviar nuestro dolor, que es el suyo.

Coronavirus: autodefensa de la propia Tierra

Leonardo Boff

Publicado en Reflexión y Liberación el 27 de marzo.¹¹

La pandemia del coronavirus nos revela que el modo como habitamos la Casa Común es pernicioso para su naturaleza. La lección que nos transmite suena así: es imperativo reformatear nuestra forma de vivir en ella como planeta vivo. Ella nos avisando de que, así como nos estamos comportando no podemos continuar. En caso contrario la propia Tierra se libraría de nosotros, seres excesivamente agresivos y maléficos para el sistema-vida.

En este momento, ante el hecho de estar en medio de una guerra global, es importante que seamos conscientes de nuestra relación hacia ella y de la responsabilidad que tenemos en el destino común Tierra viva-humanidad.

Acompáñenme en este razonamiento: el universo existe desde hace ya 13,7 mil millones de años cuando ocurrió el big bang. La Tierra hace 4,4 mil millones. La vida hace 3,8 mil millones. El ser humano hace 7-8 millones.

¹¹<http://www.reflexionyliberacion.cl/ryl/2020/03/27/coronavirus-autodefensa-de-la-propia-tierra/>

Nosotros, el homo sapiens/demens actual hace 100 mil años. Todos, el universo, la Tierra y nosotros mismos, estamos formados con los mismos elementos físico-químicos (cerca de 100) que se forjaron, como en un horno, en el interior de las grandes estrellas rojas durante 2-3 mil millones de años (por lo tanto hace 10-12 mil millones años).

La vida, probablemente, comenzó a partir de una bacteria originaria, madre de todos los vivientes. La acompañó un número inimaginable de microorganismos. Nos dice Edward O. Wilson, tal vez el mayor biólogo vivo: solo en un gramo de tierra viven cerca de 10 mil millones de bacterias de hasta 6 mil especies diferentes (La creación: cómo salvar la vida en la Tierra, 2008, p. 26). Imaginemos la cantidad incontable de esos microorganismos en toda la Tierra, siendo que solamente el 5% de la vida es visible y el 95%, invisible: el reino de las bacterias, hongos y virus.

Sigan acompañándome en mi razonamiento: hoy es considerado un dato científico, desde 2002, cuando James Lovelock y su equipo demostraron ante una comunidad científica de miles de especialistas en Holanda que la Tierra no sólo tiene vida sobre ella, ella misma está viva. Emerge como un Ente vivo, no como un animal, sino como un sistema que regula los elementos físico-químicos y ecológicos, como hacen los demás organismos vivos, de tal forma que se mantiene vivo y continúa produciendo una miríada de formas de vida. La llamaron Gaia

Otro dato que cambia nuestra percepción de la realidad: En la perspectiva de los astronautas, ya sea desde la Luna o desde las naves espaciales, así lo testimoniaron

muchos de ellos, no existe distinción entre Tierra y humanidad. Ambas forman una entidad única y compleja. Se consiguió hacer una foto de la Tierra antes de penetrar en el espacio sideral, fuera del sistema solar: en ella aparece, en palabras del cosmólogo Carl Sagan, como “un pálido punto azul”. Nosotros estamos, pues, dentro de ese pálido punto azul, como aquella porción de la Tierra que, en un momento de alta complejidad, empezó a sentir, a pensar, a amar y a percibirse parte de un Todo mayor. Por lo tanto, nosotros, hombres y mujeres, somos Tierra, que se deriva de humus (tierra fértil), o del Adam bíblico (tierra arable).

Sucede que nosotros, olvidando que somos una porción de la propia Tierra, comenzamos a saquear sus riquezas en el suelo, en el subsuelo, en el aire, en el mar y en todas partes. Se buscaba realizar un osado proyecto de acumular lo más posible bienes materiales para el disfrute humano, en realidad para el de la sub-porción poderosa y ya rica de la humanidad. En función de ese propósito se ha orientado la ciencia y la técnica. Atacando a la Tierra, nos atacamos a nosotros mismos que somos Tierra pensante.

Tan lejos ha llegado la codicia de este pequeño grupo voraz que ella actualmente se siente agotada hasta el punto de haber sido alcanzados sus límites infranqueables. Es lo que técnicamente llamamos la Sobrecarga de la Tierra (*the Earth overshoot*). Sacamos de ella más de lo que puede dar. Ahora no consigue reponer lo que le quitamos. Entonces da señales de que está enferma, de que ha perdido su equilibrio dinámico, calentándose de manera creciente, formando huracanes y

terremotos, nevadas antes nunca vistas, sequías prolongadas e inundaciones devastadoras.

Y más aún: ha liberado microorganismos como el sars, el ébola, el dengue, la chikungunya y ahora el coronavirus. Son formas de vida de las más primitivas, casi al nivel de nanopartículas, sólo detectables bajo potentes microscopios electrónicos. Y pueden diezmar al ser más complejo que ella ha producido y que es parte de sí misma, el ser humano, hombre y mujer, poco importa su nivel social.

Hasta ahora el coronavirus no puede ser destruido, solo le impedimos propagarse. Pero ahí está produciendo una desestabilización general en la sociedad, en la economía, en la política, en la salud, en las costumbres, en la escala de valores establecidos.

De repente hemos despertado asustados y perplejos: esta porción de la Tierra que somos nosotros puede desaparecer. En otras palabras, la propia Tierra se defiende contra la parte rebelada y enferma de ella misma. Puede sentirse obligada a hacer una amputación como hacemos con una pierna necrosada. Sólo que esta vez es toda esa porción tenida por inteligente y amante, que la Tierra no quiere como suya y acabe eliminándola.

Y así será el fin de esta especie de vida que, con su singularidad de autoconciencia, es una entre millones de otras existentes, también partes de la Tierra. Esta continuará girando alrededor del sol, empobrecida, hasta que haga surgir otro ser que sea también expresión de ella, capaz de sensibilidad, de inteligencia y de amor. De nuevo recorrerá un largo camino para modelar la Casa Común, con otras formas de convivencia, esperamos, mejores que la que nosotros hemos modelado.

¿Seremos capaces de captar la señal que el coronavirus nos está enviando o seguiremos haciendo más de lo mismo, hiriendo a la Tierra autohiriéndonos en el afán de enriquecer?

Una puerta abierta

José Antonio Pagola¹²

Publicado en Reflexión y Liberación el 28 de marzo.¹³

Estamos demasiado atrapados por el «más acá» para preocuparnos del «más allá». Sometidos a un ritmo de vida que nos aturde y esclaviza, abrumados por una información asfixiante de noticias y acontecimientos diarios, fascinados por mil atractivos que el desarrollo técnico pone en nuestras manos, no parece que necesitemos un horizonte más amplio que «esta vida» en la que nos movemos.

¿Para qué pensar en «otra vida»? ¿No es mejor gastar todas nuestras fuerzas en organizar lo mejor posible nuestra existencia en este mundo? ¿No deberíamos esforzarnos al máximo en vivir esta vida de ahora y callarnos respecto a todo lo demás? ¿No es mejor aceptar

¹² Sacerdote español licenciado en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, Licenciado en Sagrada Escritura por Instituto Bíblico de Roma, Diplomado en Ciencias Bíblicas por la Escuela Bíblica de Jerusalén

¹³ <<http://www.reflexionyliberacion.cl/ryl/2020/03/28/una-puerta-abierta-pagola/>>

la vida con su oscuridad y sus enigmas, y dejar «el más allá» como un misterio del que nada sabemos?

Sin embargo, el hombre contemporáneo, como el de todas las épocas, sabe que en el fondo de su ser está latente siempre la pregunta más seria y difícil de responder: ¿qué va a ser de todos y cada uno de nosotros? Cualquiera que sea nuestra ideología o nuestra fe, el verdadero problema al que estamos enfrentados todos es nuestro futuro. ¿Qué final nos espera?

Peter Berger nos ha recordado con profundo realismo que «toda sociedad humana es, en última instancia, una congregación de hombres frente a la muerte». Por ello, es ante la muerte precisamente donde aparece con más claridad «la verdad» de la civilización contemporánea, que, curiosamente, no sabe qué hacer con ella si no es ocultarla y eludir al máximo su trágico desafío.

Más honrada parece la postura de personas como Eduardo Chillida, que en alguna ocasión se expresó en estos términos: «De la muerte, la razón me dice que es definitiva. De la razón, la razón me dice que es limitada».

Es aquí donde hemos de situar la postura del creyente, que sabe enfrentarse con realismo y modestia al hecho ineludible de la muerte, pero que lo hace desde una confianza radical en Cristo resucitado. Una confianza que difícilmente puede ser entendida «desde fuera» y que solo puede ser vivida por quien ha escuchado, alguna vez, en el fondo de su ser, las palabras de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida». ¿Crees esto?

La alegría ante el temor

Juan J. Cotto¹⁴

*Publicado en Theodrama el 31 de marzo.*¹⁵

El 5 de abril de 1943, el pastor luterano Dietrich Bonhoeffer se encontraba preso, les escribía a sus padres, explicándoles cómo afrontaba lo difícil de su encierro. Una melodía entró en su cabeza y plasmó una estrofa de una canción de Hugo Wolff: “De la noche a la mañana, de improviso, se presentan la alegría y el sufrimiento; mas ambos te abandonan antes de que te percaes, y se dirigen al Señor para comunicarle cómo los has soportado”.¹⁶

Uno de los aspectos más significativos de la lectura de las cartas escritas por Bonhoeffer desde la prisión, es que muchas de sus citas sobre la alegría o el gozo surgen de su recuerdo de canciones. ¿Qué lleva a un preso en medio de su sufrimiento a enfrentar el miedo y la ansiedad, ante la muerte, cantando sobre la alegría? Un preso, al igual que

¹⁴ Teólogo protestante. Profesor de teología e historia en el Seminario Teológico de Puerto Rico. Miembro del Equipo Pastoral de la Iglesia La Travesía.

¹⁵ <<http://www.theodrama.com/2020/03/31/la-alegria-ante-el-temor/>>

¹⁶ Bonhoeffer, D. 2008. Resistencia y Sumisión: cartas y apuntes desde el cautiverio, p. 34. Salamanca: Sígueme.

él, pero en el siglo primero, que enfrentaba la dureza de un arresto domiciliario en Roma escribía una carta a una amada iglesia y de igual manera recurría a las canciones sobre Cristo para expresar sus alegrías y gozo en medio de la aflicción.¹⁷

El apóstol Pablo le dirá a la iglesia en Filipo que se “regocijaren en el Señor, siempre”. El gozo/alegría es uno de los temas más importantes en la Biblia, sobre todo en medio del sufrimiento, el miedo, la ansiedad o el temor. La alegría/gozo como tema teológico subvierte el poder de estos enemigos, que deshumanizan y afligen, apuntando a que veamos, tanto a Dios y la realidad, desde perspectivas diferentes.

Cuando miramos la Escritura nos percatamos rápido que la alegría/gozo está ligado a la comprensión de Dios como uno de liberación y salvación. Cuando Israel es liberado del poder tiránico del imperio Egipcio, Moisés y María irrumpen en cánticos de alegría y gozo. Este patrón de celebración por la liberación de Dios y la revelación de su poder soberano, venciendo el miedo y la muerte, se ve a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Un ejemplo de ello es el Salmo 51,12 donde David, después de ser confrontado con su pecado, suplica por volver a tener esa fuerza llamada gozo que provee el comprender a Dios como un Dios de salvación.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento se percibe el mismo patrón en la actitud de Jesús. Su actitud es de celebración porque está derrumbando los poderes que deshumanizan como el pecado, trayendo temor y muerte,

¹⁷ Para muchos académicos del Nuevo Testamento Filipenses 2,5-11 es un cántico primitivo, y definitivamente este pasaje es el centro de el argumento paulino en la carta.

por medio del reino de Dios. El ambiente alrededor de Jesús es uno de alegría, es exactamente eso lo que produce el evangelio, buenas noticias de alegría. Incluso el escritor de Hebreos 12,2 nos informa que su actitud ante el sufrimiento fue una de gozo/alegría. Luego de morir en la Cruz y resucitar de los muertos, asciende ante el Padre; en la descripción breve que Lucas hace en su evangelio, dice que los discípulos luego de que Él fue alzado “regresaron a Jerusalén con gran alegría”. ¿Qué los hace regresar al lugar más peligroso con alegría, si su Señor les ha sido quitado? Lo mismo. El conocimiento de que Dios ha vencido al enemigo, en este caso llamado la muerte y ha salvado a su pueblo siendo fiel a su pacto y estableciendo uno nuevo con ellos por medio de su muerte y resurrección, sumado a la comprensión de que es el mesías que reina y está en control de todas las cosas. Esa visión de Dios les permite tener una nueva forma de entender los sufrimientos y los temores. Al igual que Pablo, quien puede decirle a la iglesia que siempre se regocije, porque su Señor reina y ha vencido a los poderes opresores como el temor y el miedo junto a la muerte.

La alegría/gozo como tema teológico desde esta perspectiva adquiere una fuerza que edifica al creyente en medio de la adversidad. Al reconocer que, ante el temor y el miedo de este mundo caído y cruel, su Señor ha vencido a cada uno de esos enemigos y le brinda socorro y descanso, además de prometerle que un día derrotará los efectos de estos, para siempre. La alegría se encuentra en el corazón mismo del evangelio. En una conversación entre los dos profesores de Yale, Miroslav Volf y Willie Jennings, Volf le pregunta: ¿Qué entiende él por alegría? Jennings le contesta de forma contundente: “Un acto de

resistencia contra la desesperación y sus fuerzas... Es un estado donde encuentro el camino de la vida. Resistencia contra la desesperación y todas las vías que ésta utiliza para llevarnos a la muerte. Resistencia, contra toda desesperación que quiere hacer de la muerte la palabra final".¹⁸

En tiempo de pandemia, guerra, terrorismo, violencia, la alegría/gozo es una fuerza que nos ayuda a ver diferente a Dios; como el salvador, libertador que ha vencido al pecado y la muerte y que pondrá todas las cosas en orden mostrándose fiel al pacto con su pueblo, la iglesia. También nos permite ver la realidad de forma diferente, las situaciones actuales no están fuera de control; Dios tiene provisión de alegría en medio de la ansiedad, el temor y el sufrimiento. En palabras de uno de los cantos que escribe Bonhoeffer desde prisión:

*Niega la entrada a la desolación
y haz que, en todos los lugares
que de sangre se tiñeran,
fluya el gozo a manos llenas.*¹⁹

"Alégrense siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrense!"

¹⁸ <https://www.youtube.com/watch?v=1fKD4Msh3rE&t=261s>
Accesado el 27 de marzo de 2020.

¹⁹ Bonhoeffer, D. 2008. Resistencia y Sumisión: Cartas y Apuntes desde el Cautiverio, p. 69. Salamanca: Sígueme.

La vida en tiempos de Coronavirus

Andrea Vicini SJ²⁰

Publicado en La Civiltà Cattolica el 31 de marzo.²¹ Traducción de Marcelo Alarcón A.

Pocos años después de recibir el Premio Nobel de Literatura en 1982, el escritor colombiano Gabriel García Márquez publicó su novela *El amor en los tiempos del cólera*.²² Años antes, el médico sueco Axel Munthe, que vino a Nápoles en 1884 para tratar a las víctimas de una epidemia de cólera, escribió sus *Cartas desde una ciudad de luto*.²³ En ambos casos, una epidemia causada por la bacteria *Vibrio cholerae* es el trasfondo de historias profundamente humanas (imaginarias en la novela de Márquez y reales en las cartas de Munthe). Márquez y Munthe nos invitan a contemplar cómo es posible vivir "en

²⁰ Sacerdote jesuita, profesor de Teología Moral y Bioética en Boston College, Massachusetts, Estados Unidos.

²¹ <https://www.laciviltacattolica.com/life-in-the-time-of-coronavirus/?fbclid=IwAR2lABcdxohcal0nQzb3yiBYDnDncUmR2Q6-l7FZPtNj-PqQMcGd_OaYZR4>.

²² G. G. Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*, Barcelona, Bruguera.

²³ Las cartas fueron publicadas en sueco en 1885 y como libro en inglés en 1887. La edición italiana apareció en 1910.

el tiempo" de una epidemia, como testigos involuntarios del sufrimiento humano, ansiosos por ayudar a los más necesitados y conscientes de los riesgos de contagio.

Además de estos dos libros, la literatura no ha fallado en ofrecer material ejemplar que nos ayude a comprender cómo viven las personas durante las epidemias y cuánto sufren. Entre las muchas obras, sobre todo, está *The Betrothed* de Alessandro Manzoni (1827), sobre la plaga que afligió al norte de la península italiana en los años 1629-31, uno de los últimos brotes de la pandemia de peste centenaria -La Peste Negra- que tuvo su clímax en el continente europeo alrededor de 1350.

En segundo lugar, en su novela *La peste* (1947), Albert Camus nos sumerge en el drama, basado en la peste que invadió la ciudad argelina de Orán en 1849, invitándonos a cuestionar la naturaleza y el destino de la frágil condición humana. En tiempos de cólera o peste, nos preguntamos quiénes somos, cómo vamos a vivir, qué causa todo esto y dónde está nuestro Dios cuando sufrimos. A medida que buscamos respuestas, lo que surge es la necesidad urgente de atención, con un enfoque especial en los más pobres y vulnerables.

En un libro más reciente, el médico y antropólogo Paul Farmer,²⁴ afirma que en el momento del cólera también es necesario cuestionar críticamente todas las condiciones sociales, culturales y políticas que caracterizan la vida de las personas y, por lo tanto, deberían ser una parte integral de cualquier intervención dirigida a promover la salud en el terreno. Haciéndose eco de la tradición bíblica y

²⁴ Paul Farmer is co-fundador de la organización sin fines de lucro Partners in Health, cuyo objetivo es promover la salud de los más pobres en diversos contextos de todo el mundo. Véase: www.pih.org.

espiritual, el autor pide una conversión personal y social, interna y estructural. En los tiempos del cólera y de cualquier otra patología que afecte a la humanidad, es necesario considerar todas las múltiples dinámicas que afectan la salud y promover condiciones de vida que a favor de los ciudadanos, al tiempo que se fortalecen los sistemas de salud y se ofrecen servicios de atención médica específicos, capaces de responder a las necesidades de salud de las personas en los diferentes contextos en los que viven en nuestro planeta.²⁵ Se supone que todos los factores sociales afectan a la salud: desde la violencia hasta la educación, el trabajo y la vivienda, la infraestructura social (carreteras, alcantarillas, redes de agua y electricidad).

Por lo tanto, promover la salud en el período de coronavirus requiere centrarse, principalmente, en la relación entre los profesionales de la salud y los pacientes, en contener la infección y mitigar sus efectos. En segundo lugar, es necesario intervenir en terreno con medidas de salud pública, destinadas nuevamente a contener y, si esto no es posible o no es lo suficientemente efectivo, mitigar la propagación de la infección y la gravedad de sus consecuencias. La cuarentena de dos semanas, elegida independientemente o impuesta, así como la reducción de viajes, la cancelación de vuelos y eventos y el aislamiento de ciudades y regiones son ejemplos de intervenciones de salud pública para hacer frente a la emergencia. En tercer lugar, como lo demuestra la propagación progresiva de la pandemia, se necesitan

²⁵ P. Farmer, "Conversion in the time of Cholera: a reflection on structural violence and social change" in M. Griffin-J. Weiss Block (eds.), *In the company of the poor: conversations between Dr. Paul Farmer and Father Gustavo Gutiérrez*, Maryknoll (NY), Orbis Books, 2013, 95-145.

intervenciones protectoras globales para hacer frente a la emergencia de salud.²⁶

Infecciones

Vivir en la época del coronavirus requiere que pensemos críticamente sobre cómo estamos promoviendo la salud de las personas, la humanidad y el planeta. A escala mundial, estamos viviendo lo que muchas personas han vivido y viven como una experiencia personal debido a pandemias (como el SIDA, causadas por el virus del VIH, la gripe estacional, la tuberculosis o la malaria) o epidemias (como las causadas en los años recientes por varios virus: aviar o gripe aviar, gripe porcina, ébola, Zika, SARs y MERS) que sufren o han sufrido.

Se estima que, en 2019, 37,9 millones de personas en todo el mundo tenían el virus del VIH. Si consideramos las estimaciones generales desde el comienzo de la pandemia, hay 74,9 millones de personas seropositivas, con 32 millones de muertes por infecciones oportunistas debido al SIDA.²⁷

Se estima que, en 2018, 3.200 millones de personas vivían en zonas con riesgo de transmisión de malaria en 92 países de todo el mundo (principalmente en África subsahariana), con 219 millones de casos clínicos y 435.000

²⁶ Al momento de escribir este artículo (16 de marzo de 2020), la infección está presente en 148 de 195 países. Los casos mundiales han superado los 169,387, con 6,513 personas muertas y más de 77.000 curadas. Para datos en tiempo real, véase: <https://arcg.is/OfHmTX/> See also E. Dong, H. Du, L. Gardner, "An interactive web-based dashboard to track COVID-19 in real time" in *The Lancet Infectious Diseases*: [https://www.thelancet.com/journals/laninf/article/PIIS1473-3099\(20\)30119-5/fulltext/](https://www.thelancet.com/journals/laninf/article/PIIS1473-3099(20)30119-5/fulltext/) February 19, 2020.

²⁷ El virus de inmunodeficiencia humana (HIV) compromete el Sistema inmune y causa Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida. Véase: www.unaids.org/en/resources/documents/2019/2019-UNAIDS-data.

muerter, de las cuales el 61% eran niños menores de 5 años.²⁸

Según la Organización Mundial de la Salud, 10 millones de personas en todo el mundo enfermaron de tuberculosis en 2018, con más de 1,2 millones de muertes, el 11% de ellas eran niños y jóvenes menores de 15 años.²⁹

Estos datos son asombrosos y revelan la escala dramática del sufrimiento causado por enfermedades infecciosas para las que tenemos tratamientos, como en el caso de la tuberculosis y la malaria, o que, gracias a las terapias disponibles, se han vuelto crónicas, como el SIDA.

Probablemente ninguna de estas patologías nos afecte directamente y las consideramos infecciones que aquejan a otras personas alejadas de nosotros que viven en lugares desconocidos o que no frecuentamos. Sin embargo, millones de personas en todo el mundo sufren las consecuencias.

La única excepción es la gripe, la infección viral que se convierte en pandemia cada invierno en el hemisferio norte. Al comienzo de la temporada de gripe, el monitoreo internacional permite identificar el virus de influenza específico y, al compartir la información, se prepara una vacuna ad hoc y se distribuye en todos los países del mundo. Junto con la vacuna, la terapia con antibióticos que tenemos disponible nos permite tratar infecciones bacterianas secundarias que pueden estar asociadas con infecciones por influenza. Sin embargo, se estima que entre 290.000 y 650.000 personas mueren a causa del

²⁸ Véase: www.who.int/malaria/data/en

²⁹ Véase: www.who.int/tb/data/en

virus de la influenza en todo el mundo.³⁰ En los Estados Unidos, en la actual temporada de influenza, los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) indican que, al 18 de enero de 2020, había 15 millones de casos de influenza (de una población de 327,2 millones), 140.000 hospitalizaciones y 8.200 muertes.³¹

Aunque estas estimaciones son sorprendentes, palidecen en comparación con lo que parece haber sido la pandemia de influenza reciente más grave, la gripe española de 1918-19. El virus se propagó por todo el mundo.³² Se estima que alrededor de 500 millones de personas, un tercio de la población mundial, fueron infectadas por el virus, con al menos 50 millones de muertes debido a su alta tasa de mortalidad. Sin la vacuna y sin antibióticos para proteger contra las infecciones bacterianas asociadas, las únicas formas en que fue posible tratar de contener y mitigar la propagación de la pandemia fueron el aislamiento, la cuarentena, la buena higiene personal, el uso de desinfectantes y la reducción de eventos públicos, que es lo que estamos haciendo ahora con el coronavirus.

Lo que estamos experimentando actualmente no tiene aún las proporciones trágicas de tales infecciones, pasadas o presentes. Los científicos y los médicos están estudiando si el coronavirus tiene la misma virulencia y mortalidad que el virus de la gripe estacional, cuánto tiempo puede sobrevivir en el entorno externo, cómo se propaga e

³⁰ Cf. J. Paget et Al., "Global mortality associated with seasonal influenza epidemics. New burden estimates and predictors from the GLaMOR Project". En *Journal of Global Health* 9 (2019/20) 1-12 (cf. <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC6815659/>).

³¹ Centers for Disease Control and Prevention (CDC), Influenza (Flu): cf. www.cdc.gov/flu/about/burden/index.html

³² El virus era de tipo H1N1, con algunos genes de influenza aviar.

infecta, qué podemos hacer para protegernos. Teniendo en cuenta la rapidez con que el virus se ha propagado por el mundo en las últimas semanas, no podemos descartar la posibilidad de que hoy, mañana o en los próximos días cada uno de nosotros pueda dar positivo.³³ En ausencia de una vacuna confiable, a pesar de que ya hay vacunas experimentales cuya efectividad se está probando, y en ausencia de terapias dirigidas, las medidas de salud para contener la propagación de la infección son las que tenemos ahora en todo el mundo.

Vecinos

Todos estamos en riesgo. Podemos contraer la infección y transmitirla a otras personas, viviendo el doble papel de víctimas y propagadores de la infección. Las enfermedades y epidemias parecen acortar e incluso eliminar distancias y diferencias entre las personas, al tiempo que separan y aíslan a los individuos. Cuando las personas se ven afectadas por la misma patología, sea infecciosa o no, la distinción entre un sujeto y otra persona se desvanece. Descubrimos una cercanía experiencial, una cercanía causada por la enfermedad, una intimidad al compartir la necesidad de curación. Sabemos muy bien, incluso demasiado bien, lo que la otra persona vive, sufre, desea y espera. Es una solidaridad que no se busca ni se desea, pero se vive. En el camino común, no elegido, en el

³³ La enfermedad (Covid-19, de: COronaVirus Disease-2019) es causada por el virus Sars-CoV-2. El acrónimo (Síndrome respiratorio agudo severo CoronaVirus 2) indica el síndrome respiratorio agudo severo causado por el virus. En ambos casos, los nombres y acrónimos oficiales fueron elegidos por la Organización Mundial de la Salud.

que la infección nos une, nos acompañamos, aunque solo sea en un nivel interior y espiritual.

Desafortunadamente, lo contrario también es posible. Al continuar creyendo que somos diferentes, especiales y mejores, evitamos reconocer nuestra humanidad compartida, que estamos enfermos de la misma enfermedad, con la ansiedad y la preocupación que acompañan a todos los esfuerzos para hacer frente. En lugar de encontrarnos juntos y cerca el uno del otro en un sufrimiento que no hace distinciones, es la separación la que reina ("no somos como ellos"), aislando y comprometiendo aún más las posibilidades de solidaridad y apoyo.

En el tiempo del coronavirus

La actual pandemia mundial, que continúa extendiéndose dentro de las naciones afectadas e infectando a personas en nuevos estados, nos pide que prestemos atención a la forma en que, en el momento del coronavirus, nuestras vidas, tanto personales como colectivas, en sus dimensiones más comunes, están cambiando.

Nuestro comportamiento está influenciado, modificado y regulado de manera diferente: la vida toma sus patrones, su tiempo, del virus. Es el virus, con sus formas de contagio, lo que determina cómo interactuamos con los miembros de la familia, los compañeros de trabajo, los vecinos y fieles en las celebraciones religiosas; cómo evitamos tocar nuestra cara, darnos la mano y besarnos; cómo nos mantenemos a una distancia segura de quienes nos rodean y nos

apresuramos a lavarnos las manos y la cara si alguien tose o estornuda cerca de nosotros; cómo limitamos nuestros movimientos en el bus, el tren, el barco y avión; cómo movemos o cancelamos conferencias, juegos, conciertos, viajes, reuniones de negocios, cenas, vacaciones en crucero, salidas al cine e incluso clases en escuelas y universidades, prefiriendo formas virtuales de reunión y enseñanza.

Incluso la forma en que contaminamos el medio ambiente también está cambiando. Si, por un lado, las imágenes satelitales revelan una caída contundente de la contaminación ambiental en China, debido a medidas para contener o mitigar la propagación de la infección (fábricas y escuelas cerradas, cuarentena, prohibición de circulación), por otro lado, toneladas de máscaras usadas se están acumulando en el país.³⁴ Como son desechos sanitarios contaminados, se necesitan instalaciones específicas para eliminarlos, y los existentes son insuficientes.

La cuarentena de dos semanas, elegida espontáneamente o forzada, es emblemática de cómo el coronavirus afecta la forma en que manejamos nuestro tiempo, tomando el control de nuestros días, al menos durante dos semanas. Al final de la cuarentena, recuperamos una medida de control sobre nuestro tiempo y cómo lo vivimos. Sin embargo, es posible que te preguntes si necesitas repetir la cuarentena si te has expuesto a una segunda posible infección. ¿Y después de

³⁴ S. Jiangtao-W. Zheng, "Coronavirus: China struggling to deal with mountain of medical waste created by epidemic" En *South China Morning Post*, March 5, 2020: cf. www.scmp.com/news/china/society/article/3065049/coronavirus-china-struggling-deal-mountain-medical-waste-created

la segunda cuarentena? ¿Cuántas cuarentenas más son necesarias? Hasta que podamos vacunarnos eficazmente contra el virus, la esperanza es que no tengamos que hacer la pregunta.

Preguntas auténticas y respuestas falsas

En la época del coronavirus, nuestra experiencia, expresada directamente de historias personales o mediada por obras literarias, o articulada por el conocimiento científico, está dominada por la incertidumbre y la impotencia. Inciertos, nos cuestionamos a nosotros mismos. Una primera serie de preguntas se refiere a la propagación de la infección: ¿cuánto durará en los países donde se está propagando? ¿Cuántos países participarán? ¿Cuántos ciudadanos se infectarán y cuántos morirán? ¿Cuándo terminará la infección?

Además de estas preguntas, existe incertidumbre sobre la capacidad de hacer frente a la pandemia. ¿Todas las personas que presenten síntomas de infección respiratoria causada por el coronavirus podrán hacerse una prueba, laboratorio y rayos X, en cualquier país del mundo, independientemente de si pueden pagarlo? ¿Son eficaces, justificadas y proporcionadas las medidas de contención sanitaria y aquellas para mitigar la propagación de la infección, que requieren aislar a las personas, pueblos, ciudades y regiones? ¿Cuándo se pueden reducir? ¿Tendremos una vacuna efectiva a corto plazo? ¿Quién será vacunado?

Además, ¿cuáles serán los costos sociales de comprometer las actividades de producción y transporte,

y las consecuencias nacionales, globales, económicas y financieras? ¿Cuáles son las consecuencias para los trabajadores temporales y sus familias, que dependen del pago semanal, cuando no pueden trabajar porque están enfermos o porque no puede realizarse una actividad productiva?³⁵

La incertidumbre paraliza a muchos porque reduce e inhibe la capacidad de controlar y actuar. Incierto, uno se vuelve impotente. Para ellos, el compromiso ético requiere certezas. Sin certezas no se puede actuar. Se experimenta una dificultad similar en otra emergencia global grave, donde la sostenibilidad ambiental está en juego y las condiciones de vida en el planeta están amenazadas, no por un virus, sino por nuestra forma de vida, cómo producimos energía, cómo consumimos y contaminamos. Incluso en el caso del cuidado de nuestro hogar común, hay quienes se refugian detrás de incertidumbres aparentes o reales, lo que justifica la inacción.

Por el contrario, el compromiso ético depende de la incertidumbre y conoce la impotencia, pero ambos desmotivan, dejando a la gente resignada y sin esperanza. Paradójicamente, la incertidumbre y la impotencia alimentan el compromiso ético, estimulan la inventiva, exigen mayores capacidades para hacer frente a situaciones complejas, buscando soluciones que no son fáciles.³⁶ Lo que parecen ser atajos morales, generados por la voluntad de controlar y por el miedo, son seductores.³⁷

³⁵ Cf. M. Fisher, "A Guide to Worrying About the Coronavirus" En The New York Times, marzo 7, 2020: cf. www.nytimes.com/2020/03/05/world/coronavirus-interpreter.html

³⁶ Cf. W. Jenkins, *The future of ethics: sustainability, social justice, and religious creativity*, Washington (DC), Georgetown University Press, 2013, 18.

³⁷ Cf. A. Spadaro, "The policy of the coronavirus. Activating the antibodies of Catholicism" in *Civ. Catt.* 2020 I 365-367.

Pero, mientras proponen estrategias para resolver el malestar moral, estos atajos en realidad engañan y traicionan. Ejemplos de esto son los intentos de ocultar el alcance real de la infección en algunos países, o medidas que, en nombre de las intervenciones de salud, apuntan a eliminar las libertades sociales y los derechos ganados con esfuerzo, utilizando medidas de salud pública para disfrazar los regímenes policiales.

Cuando escasean las certezas, al buscarlas corres el riesgo de aumentarlas, ya sea creando un culpable imaginario, distrayéndose de las causas reales o generando conspiraciones falsas (alegando que el virus fue producido intencionalmente en un laboratorio), propagándose falsas noticias, alimentando el estigma (culpar a los inmigrantes y las minorías), generalizando (por ejemplo, proclamar que todos los habitantes de la nación más poblada del mundo están infectados), promoviendo los enfoques "terapéuticos" de los charlatanes peligrosos, convirtiendo así una emergencia de salud global en una cacería del enemigo.

El chivo expiatorio

A lo largo de la historia, los seres humanos han seguido preguntándose a sí mismos, buscando comprender, conocer y explicar. Identificar la causa de cómo vivimos y quién es responsable de ello es parte de esta búsqueda de significado. Esperamos las respuestas de la investigación científica y buscamos al chivo expiatorio, como señaló con fuerza el historiador, filósofo y crítico literario René Girard

(1923-2015).³⁸ "El otro", el diferente, se hace responsable de manera exclusiva. "Nosotros" somos las víctimas. La oposición entre "culpable" y "víctima", que se hace eco de la distinción demasiado simplificada entre "malo" y "bueno", tan popular en las películas, tiene un efecto falsamente catártico. Dado que los "otros" son la causa de lo que sufrimos, al eliminarlos y marginarlos, creemos que podemos eliminar todo el mal de nosotros, concentrando lo negativo en ellos, en aquellos ante quienes nos hemos convertido en chivos expiatorios y estamos listos para sacrificarnos por nuestro propio bien.

La lógica del chivo expiatorio muestra cómo se puede pervertir la sed humana de conocimiento, convirtiéndose y reduciéndose en una falsa atribución de culpa. En el sufrimiento causado por la infección o la enfermedad que uno comparte, la posibilidad de una renovada solidaridad existencial es suplantada por el atajo emocional que identifica en el otro, en aquellos que no son como yo, ya sea político, cultural, religioso, racial, razones étnicas o lingüísticas: el responsable y el culpable. La trágica ironía de las enfermedades infecciosas es que quien está infectado se convierte en quien infecta, lo que demuestra la falsedad de cualquier simplificación que tenga como objetivo culpar al otro.

A nivel personal y social, las enfermedades infecciosas aclaran nuestra vulnerabilidad común y deben fomentar la conciencia de la necesidad de solidaridad compartida: en nuestra diversidad, todos somos iguales, con la misma predisposición a estar infectados y enfermos. Si hay responsabilidades, por ejemplo, relacionadas con nuestro

³⁸ Cf. R. Girard, *Le bouc émissaire*, Paris, Grasset, 1982 (En inglés, *The Scapegoat*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986).

estilo de vida, cómo tratamos a los animales, cómo fomentamos el paso de infecciones virales de los animales a los seres humanos, deben identificarse para que podamos intervenir cambiando la forma en que actuamos y vivimos.

Además, dado que las realidades estructurales en el mundo que dependen de la injusticia y la pobreza impiden el acceso a servicios básicos de diagnóstico y salud, debemos intervenir cambiando cualquier estructura injusta. Como nos recuerda Paul Farmer, el conocimiento hace posible la conversión y el cambio en un nivel relacional y estructural.

Compromiso ético

Al abordar cualquier problema complejo y difícil como la pandemia del Coronavirus, un compromiso ético tiene como objetivo promover proyectos concretos que abran posibilidades de acción moral y fomenten el cambio. Concretamente, la tradición ética considera la salud como un bien precioso, indispensable y esencial para los individuos y para toda la humanidad. En consecuencia, todo lo que protege y preserva la salud de los ciudadanos y el medio ambiente es una prioridad ética y requiere compromisos e inversiones adecuadas y proporcionadas. Invertir en lo que promueve la salud es enfocarse en el futuro, ya sea para desarrollar instalaciones de salud básicas que brinden atención primaria o para fomentar una investigación científica avanzada capaz de desarrollar nuevas formas de prevención, diagnóstico y terapia para múltiples enfermedades.

La buena "salud" es, al mismo tiempo e inseparablemente, un bien personal y social, individual y colectivo, local y global. Los compromisos de colaboración y solidaridad, dirigidos a prevenir, diagnosticar y tratar, son para el beneficio de todos y cada uno. La salud es un bien común vulnerable y requiere protección y vigilancia. No podemos dejar de cuidar la salud de los demás, incluso si estamos tan centrados en nosotros mismos de una manera elitista y exclusiva, convencidos de que lo que cuenta y lo que nos importa es solo nuestra salud individual.

Pedir el regalo de una profunda conversión de corazón y mente puede ayudarnos a convertirnos en personas de buena voluntad, capaces de compartir la responsabilidad de promover la salud como un bien personal y social.

La conversión

La fe cristiana refuerza la urgencia del compromiso ético de promover la salud como un bien personal y social para todos en el planeta, para la generación actual y para las generaciones futuras. Además, una auténtica experiencia evangélica rechaza cualquier intento de encontrar explicaciones, falsamente consideradas "religiosas", que atribuyan a Dios la responsabilidad de las cosas malas que están sucediendo en el mundo. Dios no envía infecciones virales y pandemias como castigos por nuestra maldad y pecado, ya sea personal, social o estructural. El Dios bíblico que profesamos es *Emmanuel*, Dios con nosotros; el Dios compasivo que nos acompaña en todos los aspectos de nuestras vidas, que toma todos nuestros pecados sobre sí, que, como creador y re-creador, está trabajando para

promover, sanar y liberar la creación y las criaturas, respetando tanto la libertad humana como la de toda la naturaleza y del universo.

En tiempos del Coronavirus, la conversión también se refiere a las imágenes idólatras de Dios que continúan engañándonos con falsas proyecciones de la llamada "justicia divina", hecha a nuestra imagen y semejanza, en lugar de invitarnos a contemplar a Jesucristo que murió y resucitó por amor a todos y al mundo entero, y para vivir con anticipación a la luz de la gracia de la resurrección y la salvación divina, que nos guían y acompañan desde ahora y para siempre.

Covid19

Filosofía
Sociología
Antropología
Psicología

Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de 'Kill Bill' y podría conducir a la reinvencción del comunismo

Por Slavoj Žižek³⁹

Publicado en Russia Today el 27 de febrero.⁴⁰

La propagación continua de la epidemia de coronavirus también ha desencadenado grandes epidemias de virus ideológicos que estaban latentes en nuestras sociedades: noticias falsas, teorías de conspiración paranoicas, explosiones de racismo.

La necesidad médica fundamentada de cuarentenas encontró un eco en la presión ideológica para establecer fronteras claras y poner en cuarentena a los enemigos que representan una amenaza para nuestra identidad.

³⁹ Filósofo esloveno (1949) sociólogo, psicoanalista y crítico cultural. Es investigador sénior en el Instituto de Sociología y Filosofía de la Universidad de Ljubljana, profesor distinguido global de alemán en la Universidad de Nueva York y director internacional del Instituto Birkbeck para las Humanidades de la Universidad de Londres.

⁴⁰ <<https://www.rt.com/op-ed/481831-coronavirus-kill-bill-capitalism-communism/>>.

Pero quizás otro virus ideológico, y mucho más beneficioso, se propagará y con suerte nos infectará: el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del estado-nación, una sociedad que se actualiza a sí misma en las formas de solidaridad y cooperación global.

A menudo se escucha especulación de que el coronavirus puede conducir a la caída del gobierno comunista en China, de la misma manera que (como el mismo Gorbachov admitió) la catástrofe de Chernobyl fue el evento que desencadenó el fin del comunismo soviético. Pero aquí hay una paradoja: el coronavirus también nos obligará a reinventar el comunismo basado en la confianza en las personas y en la ciencia.

En la escena final de 'Kill Bill 2' de Quentin Tarantino, Beatrix deshabilita al malvado Bill y lo golpea con la "Técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos" el golpe más mortal en todas las artes marciales. El movimiento consiste en una combinación de cinco golpes con la punta de los dedos a cinco puntos de presión diferentes en el cuerpo del objetivo. Después de que el objetivo se aleja y ha dado cinco pasos, su corazón explota en su cuerpo y caen al suelo.

Este ataque es parte de la mitología de las artes marciales y no es posible en un combate cuerpo a cuerpo real. Pero, volviendo a la película, después de que Beatrix lo hace, Bill tranquilamente hace las paces con ella, da cinco pasos y muere.

Lo que hace que este ataque sea tan fascinante es el tiempo entre ser golpeado y el momento de la muerte: puedo tener una conversación agradable mientras me siento tranquilo, pero soy consciente de todo este tiempo

que en el momento en que empiezo a caminar, mi corazón explotará y caeré muerto.

¿La idea de quienes especulan sobre cómo la epidemia de coronavirus podría conducir a la caída del gobierno comunista en China no es similar? Al igual que una especie de “Técnica del Corazón Explotante de la Palma de Cinco Puntos” en el régimen comunista del país, las autoridades pueden sentarse, observar y pasar por los movimientos de cuarentena, pero cualquier cambio real en el orden social (como confiar en la gente) resultará en su caída.

Mi modesta opinión es mucho más radical: la epidemia de coronavirus es una especie de ataque de la “Técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos” contra el sistema capitalista global, una señal de que no podemos seguir el camino hasta ahora, que un cambio radical es necesario.

Triste hecho, necesitamos una catástrofe

Hace años, Fredric Jameson llamó la atención sobre el potencial utópico en las películas sobre una catástrofe cósmica (un asteroide que amenaza la vida en la Tierra o un virus que mata a la humanidad). Tal amenaza global da lugar a la solidaridad global, nuestras pequeñas diferencias se vuelven insignificantes, todos trabajamos juntos para encontrar una solución, y aquí estamos hoy, en la vida real. El punto no es disfrutar sádicamente el sufrimiento generalizado en la medida en que ayuda a nuestra causa; por el contrario, el punto es reflexionar sobre un hecho triste de que necesitamos una catástrofe para que podamos repensar las características básicas de la sociedad en la que nos encontramos. En Vivo.

El primer modelo vago de una coordinación global de este tipo es la Organización Mundial de la Salud, de la cual no obtenemos el galimatías burocrático habitual sino advertencias precisas proclamadas sin pánico. Dichas organizaciones deberían tener más poder ejecutivo.

Los escépticos se burlan de Bernie Sanders por su defensa de la atención médica universal en los EE. UU. ¿Es la lección de la epidemia de coronavirus que no se necesita aún más, que debemos comenzar a crear algún tipo de red GLOBAL de atención médica?

Un día después de que el Viceministro de Salud de Irán, Iraj Harirchi, apareciera en una conferencia de prensa para minimizar la propagación del coronavirus y afirmar que las cuarentenas masivas no son necesarias, hizo una breve declaración admitiendo que ha contraído el coronavirus y se aisló (ya durante su primera aparición en televisión, había mostrado signos de fiebre y debilidad). Harirchi agregó: "Este virus es democrático y no distingue entre pobres y ricos o entre estadista y ciudadano común".

En esto, tenía razón: todos estamos en el mismo bote. Es difícil pasar por alto la suprema ironía del hecho de que lo que nos unió a todos y nos empujó a la solidaridad global se expresa a nivel de la vida cotidiana en órdenes estrictas para evitar contactos cercanos con los demás, incluso para aislarse.

Y no estamos lidiando solo con amenazas virales: otras catástrofes se avecinan en el horizonte o ya están ocurriendo: sequías, olas de calor, tormentas masivas, etc. En todos estos casos, la respuesta no es pánico, sino un trabajo duro y urgente para establecer algún tipo de eficiente coordinación global.

¿Solo estaremos seguros en la realidad virtual?

La primera ilusión para disiparse es la formulada por el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, durante su reciente visita a la India, donde dijo que la epidemia se reduciría rápidamente y que solo tenemos que esperar el pico y luego la vida volverá a la normalidad.

Contra estas esperanzas demasiado fáciles, lo primero que hay que aceptar es que la amenaza llegó para quedarse. Incluso si esta ola retrocede, reaparecerá en nuevas formas, quizás incluso más peligrosas.

Por esta razón, podemos esperar que las epidemias virales afecten nuestras interacciones más elementales con otras personas y objetos que nos rodean, incluidos nuestros propios cuerpos; evite tocar cosas que puedan estar (invisiblemente) sucias, no toque los ganchos, no se siente en asientos de inodoros o bancos públicos, evite abrazar a las personas o estrechar sus manos. Incluso podríamos ser más cuidadosos con los gestos espontáneos: no te toques la nariz ni te frotes los ojos.

Por lo tanto, no solo el estado y otras agencias nos controlarán, también debemos aprender a controlarnos y disciplinarnos. Tal vez solo la realidad virtual se considere segura, y moverse libremente en un espacio abierto estará restringido a las islas propiedad de los ultra ricos.

Pero incluso aquí, a nivel de realidad virtual e internet, debemos recordar que, en las últimas décadas, los términos "virus" y "viral" se utilizaron principalmente para designar virus digitales que estaban infectando nuestro espacio web y de los cuales no nos dimos cuenta, al menos hasta que se desató su poder destructivo (por ejemplo, de destruir nuestros datos o nuestro disco duro). Lo que

vemos ahora es un retorno masivo al significado literal original del término: las infecciones virales funcionan de la mano en ambas dimensiones, real y virtual.

Regreso del animismo capitalista

Otro fenómeno extraño que podemos observar es el retorno triunfal del animismo capitalista, de tratar los fenómenos sociales como los mercados o el capital financiero como entidades vivientes. Si uno lee nuestros grandes medios, la impresión es que lo que realmente debería preocuparnos no son miles de personas que ya murieron (y miles más que morirán) sino el hecho de que “los mercados se están poniendo nerviosos”. El coronavirus perturba cada vez más el buen funcionamiento del mercado mundial y, como escuchamos, el crecimiento puede caer en un dos o tres por ciento.

¿Todo esto no indica claramente la necesidad urgente de una reorganización de la economía global que ya no estará a merced de los mecanismos del mercado? No estamos hablando aquí sobre el comunismo a la antigua usanza, por supuesto, sino sobre algún tipo de organización global que pueda controlar y regular la economía, así como limitar la soberanía de los estados nacionales cuando sea necesario. Los países pudieron hacerlo en el contexto de la guerra en el pasado, y todos nos estamos acercando efectivamente a un estado de guerra médica.

Además, tampoco debemos tener miedo de notar algunos efectos secundarios potencialmente beneficiosos de la epidemia. Uno de los símbolos de la epidemia son los pasajeros atrapados (puestos en cuarentena) en

grandes cruceros; me siento bien al margen de la obscenidad de dichos barcos. (Solo tenemos que tener cuidado de que viajar a islas solitarias u otros centros turísticos exclusivos no vuelva a ser el privilegio de unos pocos ricos, como lo fue hace décadas con el vuelo). La producción de automóviles también se ve seriamente afectada por el coronavirus, que no es demasiado malo, ya que esto puede obligarnos a pensar en alternativas a nuestra obsesión con los vehículos individuales. La lista continua.

En un discurso reciente, el primer ministro húngaro, Viktor Orban, dijo: "No hay tal cosa como un liberal. Un liberal no es más que un comunista con un diploma".

¿Qué pasa si lo contrario es cierto? ¿Si designamos como "liberales" a todos aquellos que se preocupan por nuestras libertades, y como "comunistas" a aquellos que son conscientes de que solo podemos salvar estas libertades con cambios radicales ya que el capitalismo global se acerca a una crisis? Entonces deberíamos decir que, hoy, aquellos que aún se reconocen a sí mismos como comunistas son liberales con un diploma, liberales que estudiaron seriamente por qué nuestros valores liberales están bajo amenaza y se dieron cuenta de que solo un cambio radical puede salvarlos.

Somos frágiles, pero no indefensos: el cambio es posible

*Paolo Costa*⁴¹

*Publicado originalmente en inglés e italiano en fbk.eu el 16 de marzo.⁴²
Traducción de Marcelo Alarcón A.*

Muchas personas piensan que la emergencia de salud que enfrentamos en estos días es el desafío más insidioso que podría haberle ocurrido a una sociedad compleja como la nuestra. ¿De dónde viene este sentimiento común?

Gernalmente, las explicaciones que se leen en los periódicos giran en torno a un concepto clave: el de "fragilidad". La conclusión es que la gran lección que nos enseñaría la epidemia de coronavirus es que somos criaturas más frágiles de lo que pensábamos.

Como filósofo, podría estar de acuerdo con este argumento si las personas que lo apoyan quisieran en realidad decir algo así. La vida moral de nosotros, los seres humanos, es frágil, porque pueden surgir situaciones que

⁴¹ Filósofo e investigador del Centro de Estudios Religiosos en Trento, Italia.

⁴² <<https://magazine.fbk.eu/en/news/we-are-fragile-but-not-defenceless-changing-is-possible/>>.

nos confrontan con opciones sobre cuyas consecuencias tenemos muy poco control. De hecho, desde hace algunas semanas nos hemos visto continuamente obligados a tomar decisiones cuyos efectos no solo no podemos medir, sino que ni siquiera estamos seguros de su calidad moral. Nuestros días están abrumados por la dinámica estadística, mientras que la mayoría de las veces preferiría que nos ayude a comprender el daño que podríamos provocar a las personas de carne y hueso con quienes tratamos continuamente: ¿no será que mantenerlos a distancia los ofende? ¿Es compatible la máxima de privilegiar siempre la salud pública con nuestros particulares deberes hacia las personas que amamos? ¿Y qué pasa con todo lo que va más allá del valor de la salud, por ejemplo, la libertad personal o la democracia, cuando nuestra coherencia moral podría dañar no a nuestras vidas, sino a las vidas de los demás?

En efecto, estas son preguntas difíciles, pero lo que la gente quiere decir generalmente, cuando dicen que nos hemos descubierto frágiles, es que en las últimas semanas nos hemos dado cuenta de que somos mortales. Pero, déjenme ser sincero, ¿necesitábamos una pandemia para descubrir que somos criaturas finitas y vulnerables? A excepción de algunos adolescentes en plena ilusión de la omnipotencia, me parece una hipótesis arriesgada. Estoy convencido de que incluso la confianza ilimitada que las personas modernas depositan en la tecnología es más un síntoma de un agudo sentido de su fragilidad biológica que viceversa. Aquellos que nos señalan que, en circunstancias tan difíciles, nuestra mortalidad se presentó como un azar extremo (*extreme contingency*), es probable que se acerquen a la verdad. En otras palabras,

nos sentimos abandonados a una especie de lotería global gigantesca, donde la evolución de los eventos se confía casi por completo al destino, tanto en el sentido de la evolución de la epidemia (¿por qué en Italia y no en Austria?, ¿por qué en Corea y no en Vietnam?) como en el sentido del desarrollo de una infección cada vez más probable (¿por qué solo dos líneas de fiebre para mí y neumonía para otra persona?). Esto nos confunde, incluso cuando, en una revisión más cercana, la verdad es difícil de digerir: para las personas menos privilegiadas que nosotros, esto siempre ha sido la norma, no la excepción a la regla.

Sin embargo, la verdadera fragilidad que nos ha traído la emergencia del coronavirus definitivamente no es nuestra mortalidad individual. Se trata más bien de la sorprendente vulnerabilidad de una civilización que ha elegido como *modus vivendi* lo que el sociólogo Hartmut Rosa ha descrito apropiadamente como una forma de vida basada en la estabilización dinámica: vivimos en sociedad, y esto significa que, para mantener el equilibrio, deben (las personas) correr continuamente. No pueden frenar ni detenerse. Deben innovar frenéticamente, competir, aumentar la productividad, la eficiencia, la movilidad, etc., mientras no parecen preocuparse por la vulnerabilidad de los lazos sociales. No niego que una sociedad así tenga muchas virtudes y varios aspectos emocionantes; me limito a concluir (*finding*) que esto tiene muy poco que ver con la precariedad que, por definición, caracteriza los equilibrios naturales.

Aquellos que aún tienen dudas al respecto pueden detenerse por un momento para reflexionar sobre las virtudes que serían indispensables hoy (humildad,

paciencia, solidaridad, responsabilidad (*seriousness*), espíritu de sacrificio, inmovilidad) y las cualidades que en cambio son más apreciadas (y recompensadas) en nuestro mundo (asertividad, velocidad, competitividad, ironía, egocentrismo, movilidad). Si a esto le sumamos la adhesión casi automática a la idea de que la felicidad de uno constituye el bien predominante (*overwhelming good*) en todas las circunstancias, se hace fácil entender por qué un virus más sutil que poderoso ha derribado una sociedad sofisticada como la nuestra.

Sin embargo, no hay nada irremediable en este diagnóstico. Las personas pueden cambiar; no están condenadas a seguir siendo lo que son debido a una supuesta ley científica. Por eso, la ciencia puede ayudar a superar esta crisis solo en un cincuenta por ciento. La otra mitad depende de nuestra capacidad para atesorar esa sabiduría (secular o religiosa, no importa) que nos ha enseñado durante milenios que los seres humanos tienen dentro de ellos, y gracias a su capacidad para tejer relaciones, recursos suficientes para desarrollar lo mejor de sí mismos.

No solo deben considerarse los ejemplos inimitables de santos y héroes. Cualquiera de nosotros ha demostrado esta capacidad en esos momentos no excepcionales en los que descubrimos que el centro de nuestra existencia no coincide en lo más mínimo con nuestro ego miserable. Se puede hacer. Podemos cambiar y elevarnos rápidamente a lo mejor de nosotros (*to our best parts*). No es una verdad científicamente demostrable, pero es una verdad no menos granítica. Simplemente, en lugar de demostrarse, debe ser presenciada. Una razón más para remangarse las mangas.

Llegará el momento de resumir y comprender juntos qué lecciones podemos extraer de este contacto totalmente inesperado con nuestra fragilidad. Nada será como antes después de esta emergencia de salud. Incluso, si no todo fuera como nos gustaría que fuera, sabremos por experiencia que podemos hacerlo mucho mejor de lo que creíamos erróneamente que pudimos hacerlo después del *dé/uge* ("tormenta/diluvio", ed.).

La emergencia viral y el mundo de mañana

*Byung-Chul Han*⁴³

Publicado en El País el 22 de marzo.⁴⁴ Traducción de Alberto Ciria.

El coronavirus está poniendo a prueba nuestro sistema. Al parecer Asia tiene mejor controlada la pandemia que Europa. En Hong Kong, Taiwán y Singapur hay muy pocos infectados. En Taiwán se registran 108 casos y en Hong Kong 193. En Alemania, por el contrario, tras un período de tiempo mucho más breve hay ya 15.320 casos confirmados, y en España 19.980 (datos del 20 de marzo). También Corea del Sur ha superado ya la peor fase, lo mismo que Japón. Incluso China, el país de origen de la pandemia, la tiene ya bastante controlada. Pero ni en Taiwán ni en Corea se ha decretado la prohibición de salir de casa ni se han cerrado las tiendas y los restaurantes. Entre tanto ha comenzado un éxodo de asiáticos que salen de Europa. Chinos y coreanos quieren regresar a sus países, porque

⁴³ Filósofo y ensayista surcoreano. Profesor de la Universidad de las Artes de Berlín.

⁴⁴ https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html?ssm=FB_CC&fbclid=IwAR0cfzlt1SXvAZjcmZZxQgrB4oZVDV7TU6OmXi141ozC4IJD_PRjiqUuKF8

ahí se sienten más seguros. Los precios de los vuelos se han multiplicado. Ya apenas se pueden conseguir billetes de vuelo para China o Corea.

Europa está fracasando. Las cifras de infectados aumentan exponencialmente. Parece que Europa no puede controlar la pandemia. En Italia mueren a diario cientos de personas. QUITAN los respiradores a los pacientes ancianos para ayudar a los jóvenes. Pero también cabe observar sobreactuaciones inútiles. Los cierres de fronteras son evidentemente una expresión desesperada de soberanía. Nos sentimos de vuelta en la época de la soberanía. El soberano es quien decide sobre el estado de excepción. Es soberano quien cierra fronteras. Pero eso es una huera exhibición de soberanía que no sirve de nada. Serviría de mucha más ayuda cooperar intensamente dentro de la Eurozona que cerrar fronteras a lo loco. Entre tanto también Europa ha decretado la prohibición de entrada a extranjeros: un acto totalmente absurdo en vista del hecho de que Europa es precisamente adonde nadie quiere venir. Como mucho, sería más sensato decretar la prohibición de salidas de europeos, para proteger al mundo de Europa. Después de todo, Europa es en estos momentos el epicentro de la pandemia.

Las ventajas de Asia

En comparación con Europa, ¿qué ventajas ofrece el sistema de Asia que resulten eficientes para combatir la pandemia? Estados asiáticos como Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur tienen una mentalidad autoritaria, que les viene de su tradición cultural

(confucianismo). Las personas son menos renuentes y más obedientes que en Europa. También confían más en el Estado. Y no solo en China, sino también en Corea o en Japón la vida cotidiana está organizada mucho más estrictamente que en Europa. Sobre todo, para enfrentarse al virus los asiáticos apuestan fuertemente por la vigilancia digital. Sospechan que en el *big data* podría encerrarse un potencial enorme para defenderse de la pandemia. Se podría decir que en Asia las epidemias no las combaten solo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macrodatos. Un cambio de paradigma del que Europa todavía no se ha enterado. Los apologetas de la vigilancia digital proclamarían que el *big data* salva vidas humanas.

La conciencia crítica ante la vigilancia digital es en Asia prácticamente inexistente. Apenas se habla ya de protección de datos, incluso en Estados liberales como Japón y Corea. Nadie se enoja por el frenesí de las autoridades para recopilar datos. Entre tanto China ha introducido un sistema de crédito social inimaginable para los europeos, que permite una valoración o una evaluación exhaustiva de los ciudadanos. Cada ciudadano debe ser evaluado consecuentemente en su conducta social. En China no hay ningún momento de la vida cotidiana que no esté sometido a observación. Se controla cada clic, cada compra, cada contacto, cada actividad en las redes sociales. A quien cruza con el semáforo en rojo, a quien tiene trato con críticos del régimen o a quien pone comentarios críticos en las redes sociales le quitan puntos. Entonces la vida puede llegar a ser muy peligrosa. Por el contrario, a quien compra por Internet alimentos sanos o lee periódicos afines al régimen le dan puntos. Quien tiene

suficientes puntos obtiene un visado de viaje o créditos baratos. Por el contrario, quien cae por debajo de un determinado número de puntos podría perder su trabajo. En China es posible esta vigilancia social porque se produce un irrestricto intercambio de datos entre los proveedores de Internet y de telefonía móvil y las autoridades. Prácticamente no existe la protección de datos. En el vocabulario de los chinos no aparece el término “esfera privada”.

En China hay 200 millones de cámaras de vigilancia, muchas de ellas provistas de una técnica muy eficiente de reconocimiento facial. Captan incluso los lunares en el rostro. No es posible escapar de la cámara de vigilancia. Estas cámaras dotadas de inteligencia artificial pueden observar y evaluar a todo ciudadano en los espacios públicos, en las tiendas, en las calles, en las estaciones y en los aeropuertos.

Toda la infraestructura para la vigilancia digital ha resultado ser ahora sumamente eficaz para contener la epidemia. Cuando alguien sale de la estación de Pekín es captado automáticamente por una cámara que mide su temperatura corporal. Si la temperatura es preocupante todas las personas que iban sentadas en el mismo vagón reciben una notificación en sus teléfonos móviles. No en vano el sistema sabe quién iba sentado dónde en el tren. Las redes sociales cuentan que incluso se están usando drones para controlar las cuarentenas. Si uno rompe clandestinamente la cuarentena un dron se dirige volando a él y le ordena regresar a su vivienda. Quizá incluso le imprima una multa y se la deje caer volando, quién sabe. Una situación que para los europeos sería distópica, pero a la que, por lo visto, no se ofrece resistencia en China.

Ni en China ni en otros Estados asiáticos como Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Taiwán o Japón existe una conciencia crítica ante la vigilancia digital o el *big data*. La digitalización directamente los embriaga. Eso obedece también a un motivo cultural. En Asia impera el colectivismo. No hay un individualismo acentuado. No es lo mismo el individualismo que el egoísmo, que por supuesto también está muy propagado en Asia.

Al parecer el *big data* resulta más eficaz para combatir el virus que los absurdos cierres de fronteras que en estos momentos se están efectuando en Europa. Sin embargo, a causa de la protección de datos no es posible en Europa un combate digital del virus comparable al asiático. Los proveedores chinos de telefonía móvil y de Internet comparten los datos sensibles de sus clientes con los servicios de seguridad y con los ministerios de salud. El Estado sabe por tanto dónde estoy, con quién me encuentro, qué hago, qué busco, en qué pienso, qué como, qué compro, adónde me dirijo. Es posible que en el futuro el Estado controle también la temperatura corporal, el peso, el nivel de azúcar en la sangre, etc. Una biopolítica digital que acompaña a la psicopolítica digital que controla activamente a las personas.

En Wuhan se han formado miles de equipos de investigación digitales que buscan posibles infectados basándose solo en datos técnicos. Basándose únicamente en análisis de macrodatos averiguan quiénes son potenciales infectados, quiénes tienen que seguir siendo observados y eventualmente ser aislados en cuarentena. También por cuanto respecta a la pandemia el futuro está en la digitalización. A la vista de la epidemia quizá deberíamos redefinir incluso la soberanía. Es soberano

quien dispone de datos. Cuando Europa proclama el estado de alarma o cierra fronteras sigue aferrada a viejos modelos de soberanía.

No solo en China, sino también en otros países asiáticos la vigilancia digital se emplea a fondo para contener la epidemia. En Taiwán el Estado envía simultáneamente a todos los ciudadanos un SMS para localizar a las personas que han tenido contacto con infectados o para informar acerca de los lugares y edificios donde ha habido personas contagiadas. Ya en una fase muy temprana, Taiwán empleó una conexión de diversos datos para localizar a posibles infectados en función de los viajes que hubieran hecho. Quien se aproxima en Corea a un edificio en el que ha estado un infectado recibe a través de la “Corona-app” una señal de alarma. Todos los lugares donde ha habido infectados están registrados en la aplicación. No se tiene muy en cuenta la protección de datos ni la esfera privada. En todos los edificios de Corea hay instaladas cámaras de vigilancia en cada piso, en cada oficina o en cada tienda. Es prácticamente imposible moverse en espacios públicos sin ser filmado por una cámara de vídeo. Con los datos del teléfono móvil y del material filmado por vídeo se puede crear el perfil de movimiento completo de un infectado. Se publican los movimientos de todos los infectados. Puede suceder que se destapen amoríos secretos. En las oficinas del ministerio de salud coreano hay unas personas llamadas “tracker” que día y noche no hacen otra cosa que mirar el material filmado por vídeo para completar el perfil del movimiento de los infectados y localizar a las personas que han tenido contacto con ellos.

Una diferencia llamativa entre Asia y Europa son sobre todo las mascarillas protectoras. En Corea no hay prácticamente nadie que vaya por ahí sin mascarillas respiratorias especiales capaces de filtrar el aire de virus. No son las habituales mascarillas quirúrgicas, sino unas mascarillas protectoras especiales con filtros, que también llevan los médicos que tratan a los infectados. Durante las últimas semanas, el tema prioritario en Corea era el suministro de mascarillas para la población. Delante de las farmacias se formaban colas enormes. Los políticos eran valorados en función de la rapidez con la que las suministraban a toda la población. Se construyeron a toda prisa nuevas máquinas para su fabricación. De momento parece que el suministro funciona bien. Hay incluso una aplicación que informa de en qué farmacia cercana se pueden conseguir aún mascarillas. Creo que las mascarillas protectoras, de las que se ha suministrado en Asia a toda la población, han contribuido de forma decisiva a contener la epidemia.

Los coreanos llevan mascarillas protectoras antivirus incluso en los puestos de trabajo. Hasta los políticos hacen sus apariciones públicas solo con mascarillas protectoras. También el presidente coreano la lleva para dar ejemplo, incluso en las conferencias de prensa. En Corea lo ponen verde a uno si no lleva mascarilla. Por el contrario, en Europa se dice a menudo que no sirven de mucho, lo cual es un disparate. ¿Por qué llevan entonces los médicos las mascarillas protectoras? Pero hay que cambiarse de mascarilla con suficiente frecuencia, porque cuando se humedecen pierden su función filtrante. No obstante, los coreanos ya han desarrollado una “mascarilla para el coronavirus” hecha de nano-filtros que incluso se puede

lavar. Se dice que puede proteger a las personas del virus durante un mes. En realidad, es muy buena solución mientras no haya vacunas ni medicamentos. En Europa, por el contrario, incluso los médicos tienen que viajar a Rusia para conseguirlas. Macron ha mandado confiscar mascarillas para distribuir las entre el personal sanitario. Pero lo que recibieron luego fueron mascarillas normales sin filtro con la indicación de que bastarían para proteger del coronavirus, lo cual es una mentira. Europa está fracasando. ¿De qué sirve cerrar tiendas y restaurantes si las personas se siguen aglomerando en el metro o en el autobús durante las horas punta? ¿Cómo guardar ahí la distancia necesaria? Hasta en los supermercados resulta casi imposible. En una situación así, las mascarillas protectoras salvarían realmente vidas humanas. Está surgiendo una sociedad de dos clases. Quien tiene coche propio se expone a menos riesgo. Incluso las mascarillas normales servirían de mucho si las llevaran los infectados, porque entonces no lanzarían los virus afuera.

En los países europeos casi nadie lleva mascarilla. Hay algunos que las llevan, pero son asiáticos. Mis paisanos residentes en Europa se quejan de que los miran con extrañeza cuando las llevan. Tras esto hay una diferencia cultural. En Europa impera un individualismo que trae aparejada la costumbre de llevar la cara descubierta. Los únicos que van enmascarados son los criminales. Pero ahora, viendo imágenes de Corea, me he acostumbrado tanto a ver personas enmascaradas que la faz descubierta de mis conciudadanos europeos me resulta casi obscena. También a mí me gustaría llevar mascarilla protectora, pero aquí ya no se encuentran.

En el pasado, la fabricación de mascarillas, igual que la de tantos otros productos, se externalizó a China. Por eso ahora en Europa no se consiguen mascarillas. Los Estados asiáticos están tratando de proveer a toda la población de mascarillas protectoras. En China, cuando también ahí empezaron a ser escasas, incluso reequiparon fábricas para producir mascarillas. En Europa ni siquiera el personal sanitario las consigue. Mientras las personas se sigan aglomerando en los autobuses o en los metros para ir al trabajo sin mascarillas protectoras, la prohibición de salir de casa lógicamente no servirá de mucho. ¿Cómo se puede guardar la distancia necesaria en los autobuses o en el metro en las horas punta? Y una enseñanza que deberíamos sacar de la pandemia debería ser la conveniencia de volver a traer a Europa la producción de determinados productos, como mascarillas protectoras o productos medicinales y farmacéuticos.

A pesar de todo el riesgo, que no se debe minimizar, el pánico que ha desatado la pandemia de coronavirus es desproporcionado. Ni siquiera la “gripe española”, que fue mucho más letal, tuvo efectos tan devastadores sobre la economía. ¿A qué se debe en realidad esto? ¿Por qué el mundo reacciona con un pánico tan desmesurado a un virus? Emmanuel Macron habla incluso de guerra y del enemigo invisible que tenemos que derrotar. ¿Nos hallamos ante un regreso del enemigo? La “gripe española” se desencadenó en plena Primera Guerra Mundial. En aquel momento todo el mundo estaba rodeado de enemigos. Nadie habría asociado la epidemia con una guerra o con un enemigo. Pero hoy vivimos en una sociedad totalmente distinta.

En realidad, hemos estado viviendo durante mucho tiempo sin enemigos. La guerra fría terminó hace mucho. Últimamente incluso el terrorismo islámico parecía haberse desplazado a zonas lejanas. Hace exactamente diez años sostuve en mi ensayo *La sociedad del cansancio* la tesis de que vivimos en una época en la que ha perdido su vigencia el paradigma inmunológico, que se basa en la negatividad del enemigo.

Como en los tiempos de la guerra fría, la sociedad organizada inmunológicamente se caracteriza por vivir rodeada de fronteras y de vallas, que impiden la circulación acelerada de mercancías y de capital. La globalización suprime todos estos umbrales inmunitarios para dar vía libre al capital. Incluso la promiscuidad y la permisividad generalizadas, que hoy se propagan por todos los ámbitos vitales, eliminan la negatividad del desconocido o del enemigo.

Los peligros no acechan hoy desde la negatividad del enemigo, sino desde el exceso de positividad, que se expresa como exceso de rendimiento, exceso de producción y exceso de comunicación. La negatividad del enemigo no tiene cabida en nuestra sociedad ilimitadamente permisiva. La represión a cargo de otros deja paso a la depresión, la explotación por otros deja paso a la autoexplotación voluntaria y a la autooptimización. En la sociedad del rendimiento uno guerrea sobre todo contra sí mismo.

Umbrales inmunológicos y cierre de fronteras

Pues bien, en medio de esta sociedad tan debilitada inmunológicamente a causa del capitalismo global

irrumpe de pronto el virus. Llenos de pánico, volvemos a erigir umbrales inmunológicos y a cerrar fronteras. El enemigo ha vuelto. Ya no guerreamos contra nosotros mismos, sino contra el enemigo invisible que viene de fuera. El pánico desmedido en vista del virus es una reacción inmunitaria social, e incluso global, al nuevo enemigo. La reacción inmunitaria es tan violenta porque hemos vivido durante mucho tiempo en una sociedad sin enemigos, en una sociedad de la positividad, y ahora el virus se percibe como un terror permanente.

Pero hay otro motivo para el tremendo pánico. De nuevo tiene que ver con la digitalización. La digitalización elimina la realidad. La realidad se experimenta gracias a la resistencia que ofrece, y que también puede resultar dolorosa. La digitalización, toda la cultura del “me gusta”, suprime la negatividad de la resistencia. Y en la época posfáctica de las *fake news* y los *deepfakes* surge una apatía hacia la realidad. Así pues, aquí es un virus real, y no un virus de ordenador, el que causa una conmoción. La realidad, la resistencia, vuelve a hacerse notar en forma de un virus enemigo. La violenta y exagerada reacción de pánico al virus se explica en función de esta conmoción por la realidad.

La reacción pánica de los mercados financieros a la epidemia es además la expresión de aquel pánico que ya es inherente a ellos. Las convulsiones extremas en la economía mundial hacen que esta sea muy vulnerable. A pesar de la curva constantemente creciente del índice bursátil, la arriesgada política monetaria de los bancos emisores ha generado en los últimos años un pánico reprimido que estaba aguardando al estallido. Probablemente el virus no sea más que la pequeña gota

que ha colmado el vaso. Lo que se refleja en el pánico del mercado financiero no es tanto el miedo al virus cuanto el miedo a sí mismo. El crash se podría haber producido también sin el virus. Quizá el virus solo sea el preludio de un crash mucho mayor.

Žižek afirma que el virus ha asestado al capitalismo un golpe mortal, y evoca un oscuro comunismo. Cree incluso que el virus podría hacer caer el régimen chino. Žižek se equivoca. Nada de eso sucederá. China podrá vender ahora su Estado policial digital como un modelo de éxito contra la pandemia. China exhibirá la superioridad de su sistema aún con más orgullo. Y tras la pandemia, el capitalismo continuará aún con más pujanza. Y los turistas seguirán pisoteando el planeta. El virus no puede reemplazar a la razón. Es posible que incluso nos llegue además a Occidente el Estado policial digital al estilo chino.

Como ya ha dicho Naomi Klein, la conmoción es un momento propicio que permite establecer un nuevo sistema de gobierno. También la instauración del neoliberalismo vino precedida a menudo de crisis que causaron conmociones. Es lo que sucedió en Corea o en Grecia. Ojalá que tras la conmoción que ha causado este virus no llegue a Europa un régimen policial digital como el chino. Si llegara a suceder eso, como teme Giorgio Agamben, el estado de excepción pasaría a ser la situación normal. Entonces el virus habría logrado lo que ni siquiera el terrorismo islámico consiguió del todo.

El virus no vencerá al capitalismo. La revolución viral no llegará a producirse. Ningún virus es capaz de hacer la revolución. El virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada

uno se preocupa solo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa. No podemos dejar la revolución en manos del virus. Confiemos en que tras el virus venga una revolución humana.

Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo, y también nuestra ilimitada y destructiva movilidad, para salvarnos a nosotros, para salvar el clima y nuestro bello planeta.

Coronavirus y 18-O: lo que no se resuelve y queda reprimido saldrá de nuevo

Sonia Montecinos⁴⁵

Publicado en CNNChile el 30 de marzo.⁴⁶

—¿Qué rol juega en la vida de una comunidad el miedo y cómo debe manejarse?

—Me parece muy importante que podamos elaborar el miedo, hablar de algo que nunca tocamos pues nos hemos convertido en una sociedad que se piensa inmortal.

Creo es imperativo hablemos de la muerte, porque ella es la que con su vieja e inexorable guadaña nos asola. ¿Cómo la entendemos? ¿cómo la encaramos en una nueva epidemia -recordemos que hemos tenido otras- que amenaza a la especie en su conjunto?

Tenemos que ser capaces de hablar de ello pues estamos en un proceso de duelos anticipados, de duelos

⁴⁵ Antropóloga y Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales

⁴⁶ <https://www.cnnchile.com/coronavirus/sonia-montecinos-coronavirus-18o-entrevista_20200330/?fbclid=IwAR0EH7vucozbowV1f9MRyH2ktYr95dv5Vo_WfSE33tQT1QVLJIEezXOIBmoE>. Por Mónica Rincón.

reales y si no los enfrentamos la angustia será peor. Las antiguas culturas buscaron modos de exorcizar, superar el dolor de la muerte porque tenían rituales y una concepción de ella y de lo trascendente.

—¿A qué le tenemos miedo frente a esta pandemia?

—El miedo que tenemos es a la muerte, a la propia, a la de nuestros seres queridos y de los prójimos, el contagio es así un sinónimo de muerte, pero eso no se pronuncia y creo es porque hemos abandonado nuestras viejas concepciones sobre lo trascendente y más bien hemos creído que lo trascendente es la técnica, la “ciencia” y tenemos aún más miedo porque ni la técnica, ni la ciencia nos pueden salvar del virus hoy.

—¿Cómo muestra las escalas de valores de cada sociedad esta crisis?

—Para algunos(as) quizás, como se ha sostenido, hay vidas que valen más que otras ante la carencia de recursos asistenciales. Eso de por sí es un dilema que nos compromete a todos(as), Pedro Gandolfo a colocado la pregunta por los viejos, el símbolo de la vulnerabilidad y tendríamos que sumar a otros sectores de personas vulnerables.

Por ello, reflexionar sobre la muerte es imperativo, pues también se vincula a las decisiones que cada país, que cada grupo de naciones toman: las decisiones incidirán en la vida y en la muerte de seres humanos, por lo que no es banal preguntarse ¿qué sentidos tiene la vida para nuestras sociedades contemporáneas?

—¿Qué futuro vislumbras después de esta emergencia sanitaria?

—Algunos(as) han respondido con esperanzas en que el desenfadado capitalismo globalizado, abierto (sin inmunidad) llegará a su fin y otros pesimistas que todo seguirá igual y peor (cambio climático, profundización de las desigualdades, individualismo al extremo).

Por ello creo que este virus nos deja la interrogante sobre el dilema vida/muerte, estamos navegando en esa oposición hoy extrema y en su posibilidad de resolución.

—¿Cómo has visto el liderazgo del presidente Sebastián Piñera y el rol de la figura presidencial como símbolo?

—Afortunadamente al poder masculino representado simbólicamente por el presidente y su ministro de salud le ha hecho frente un poder femenino, encarnado en la presidenta del Colegio Médico. Ha quedado de manifiesto que una mujer con las características de la presidenta, feminista y con un compromiso social claro es más convincente que la dupla tecnocrático-política.

Por otro lado, desde nuestra más profunda memoria, han sido las mujeres las que han estado al lado de los saberes de la curación de las enfermedades, de los cuidados de los(as) enfermos(as), asistiendo la vida y la muerte.

Sin embargo, la ciudadanía también hubiera esperado, desde el gobierno, un gesto plural donde no solo apareciera la dupla sino un conjunto de mujeres y hombres que representaran distintas voces: expertos(as), líderes sociales, religiosos, étnicos (la mesa que nunca se hizo en plena revuelta). Sabemos que existe

esa reunión con el Colegio Médico y rectores (ambos médicos), pero es preciso mayor y más rápida información para que la legitimidad de ese grupo no se disipe.

Ahora más que nunca es imperativa una comunicación veraz, pero también explicativa y no da lo mismo quién enuncie, sobre todo pensando que Chile está, además, inmerso en una crisis de todas las instituciones incluida la presidencial.

—¿Qué efectos aprecias en la vida familiar al estar en casa, encerrados?

—Es interesante analizar sobre quién recae la reproducción doméstica y los cuidados, pues serán las mujeres las que asuman esto en su mayoría.

Por eso esta pandemia puede leerse en sus consecuencias para las relaciones sociales de género: más violencia intrafamiliar, más estrés, más recarga de trabajo.

Por otro lado, el teletrabajo, y es lo que podemos apreciar quienes estamos obligadas a ello, agobia aun más a las mujeres: hemos visto cómo los(as) niños(as) lloran y demandan mientras nuestra colega intenta concentrarse en la respuesta a una pregunta (hay un meme de humor negro donde aparece una mujer en el computador y tres hijos de distintas edades encadenados y amordazados que es muy decididor).

—Como antropóloga, ¿qué opinas del teletrabajo?

Recopilando opiniones, todos(as) dicen que el teletrabajo es más agotador y que después de una reunión virtual el cansancio es enorme. Y es obvio: estamos a tientas con el

sistema virtual, pero con el alma y la cabeza dividida entre la “realidad real” (el horror de la pandemia) y tratando de que todo siga igual, respondiendo a exigencias a veces muy desmedidas de nuestros trabajos.

Se entiende que es “bueno” que todos(as) los que podamos estemos “produciendo” desde nuestros respectivos trabajos, pero creo que debemos también equilibrar el “rendimiento” con el cuidado de nuestras fuerzas emocionales y mentales.

Insisto, en el confinamiento y con el teletrabajo perdemos las mujeres y sin duda con mayor razón las más precarizadas dentro del sistema.

—¿Cómo se vuelve a poner en el tapete las desigualdades en esta crisis y específicamente en relación al confinamiento?

—Estar en las casas y teletrabajo. Es quizás este momento el más decidor respecto a las relaciones familiares y las desigualdades en general.

Sabemos que nos es lo mismo enfrentar el “confinamiento” en una casa con varias habitaciones y patio que en una pequeña o en uno de los llamados guetos verticales, incluso para enfrentar el contagio. No es lo mismo.

Por otro lado, no estábamos preparados en ningún nivel de enseñanza a la educación online ni tampoco los(as) estudiantes, ni madres ni padres, y estamos todos(as) a mata caballo intentando no desesperarnos con el Zoom y cualquier otra bendita plataforma.

—¿Qué efectos puede tener lo que estamos viviendo en relación al coronavirus en las demandas sociales del 18 de octubre?

—Estamos en una cuerda floja pues como te decía antes, el virus nos ha dejado aún más desnudos de lo que ya sabíamos: cobro de test, el “boletariado”, y otros rostros feos como el egoísmo de los que tienen mucho, así como los cálculos económicos por sobre los sociales y humanos.

Ha habido otros hechos, como “limpiar” Plaza de la Dignidad y no así arreglar los semáforos que continúan sin funcionar desde octubre (una medida de provocación y una no medida de orden del tránsito), en fin, podríamos seguir enumerando.

Las grietas no se cerrarán solas y pienso las estructuras no se erigirán de nuevo. Lo que no se resuelve y queda reprimido saldrá de nuevo.

—¿Cómo ves el país que surgirá después de esta crisis sanitaria?

—Creo que es mejor pensar en que sacaremos muchas buenas lecciones de este virus y de sus efectos inmediatos y posteriores en la vida social, y que ahora más que nunca es urgente proyectar un camino de reflexión profunda y de construcción colectiva del país que queremos y de la comunidad que debemos restaurar.

Después de la epidemia, habrá una explosión de relaciones

*Boris Cyrulnik*⁴⁷

*Publicado en el Blog Anna Forés Miravalles el 30 de marzo.*⁴⁸

—Con este coronavirus, la humanidad vuelve a los grandes temores del pasado. ¿Es el regreso de la ansiedad existencial?

—Boris Cyrulnik: No es un miedo, es un miedo real. El miedo tiene un objeto: es un león, es un enemigo, es el volcán que explota. La ansiedad es un sentimiento: es el sentimiento de que la muerte sucederá, pero que no sabemos dónde. Esta vez, tenemos un enemigo invisible. Para los científicos, el coronavirus es un miedo específico, en este caso un virus, ya que había muchos en la Edad Media, como el bacilo del cólera o la peste negra. Pero para los ciudadanos que ven mal qué es un virus, es sin

⁴⁷ Neurólogo, psiquiatra, psicoanalista y etólogo francés.

⁴⁸<https://annafores.wordpress.com/2020/03/30/boris-cyrulnik-despues-de-la-epidemia-habra-una-explosion-de-relaciones/?fbclid=IwAR1KiLuKhgXft5zPkH6AQjD6Z51pT9NclAvOk65QD1kSv_IKP_H52W3IjmYc>.

duda un miedo más difuso, incluso una angustia, porque no saben de dónde vendrá la muerte.

- ¿Es este virus el regreso de la plaga?

—¡Sí, eso es exactamente! Cuando la plaga llegó a Marsella en 1348, la gente no sabía por qué tenían cólera y por qué morían. No sabían que era un bacilo que los mató. Para ellos, era algo desconocido, vieron la muerte sin conocer el origen. Entonces huyeron de Marsella, subieron al norte y, entre ellos, algunos llevaron cólera. Resultado: dos años después, en 1350, uno de cada dos europeos murió.

—Salir lo más rápido y lo más lejos posible, ¿es un reflejo de supervivencia?

—Es la reacción de pánico, la respuesta instintiva al miedo a la muerte. Pero los científicos lo dicen hoy: sobre todo, no te muevas.

—La humanidad de repente se redescubre terriblemente vulnerable.

—La modernidad nos hace cada vez más vulnerables. Mejora las condiciones materiales, pero crea problemas que no puede controlar. Esto es cierto, por ejemplo, para las pantallas, que mejoran increíblemente nuestra comunicación, pero que destruyen nuestras relaciones emocionales y nuestra psique. Esto es cierto para la esperanza de vida, que está aumentando gracias a nuestro progreso técnico, mientras que las enfermedades degenerativas, los cánceres y los infartos aumentan

constantemente. El coronavirus es un nuevo signo de nuestra vulnerabilidad.

—¿Cómo vamos a experimentar el encierro? ¿Te gusta el encarcelamiento o unas vacaciones de bienvenida?

—Al principio, los primeros días, será un descanso, pero después de unos días, el encierro, será aburrimiento. Y aburrimiento, trataremos de romperlo por todos los medios, por pantallas, por teléfono, por creaciones inesperadas. Ya estamos empezando a ver personas que ofrecen solidaridad, que ofrecen compras para los ancianos o que llevan al perro, ya estamos viendo mecanismos de asistencia mutua establecidos para combatir el aburrimiento y el aburrimiento. contra el peligro invisible del virus.

—¿La sociedad evoluciona hacia una mayor solidaridad o de cada uno por sí misma?

—Durante cada crisis, ya sea una crisis natural (incendio, inundación, epidemia) o una crisis cultural (colapso económico, guerra), somos testigos de un cambio en la cultura. Esto también sucederá en unas pocas semanas, después de mucho aburrimiento, después de muchas muertes, muchas ruinas, mucho sufrimiento. Muchas empresas se arruinarán; las librerías, por ejemplo, ya han cerrado. Amazon acaba de crear 100,000 empleos sobrepagados. Cuando se termine el virus, muchas de estas librerías arruinadas, con miles de trabajadores desempleados, no podrán reabrir. Será lo mismo en todas las áreas.

—Después de la epidemia, ¿la sociedad será destruida o fortalecida por la prueba?

—Dependerá del resultado de la epidemia. Si estamos bien confinados, solo habrá, no sé, inventaré una cifra: 20,000 o 100,000 muertos, pero si tenemos poco confinado, habrá millones de muertos. En ambos casos, seremos afectados por la desgracia que les sucede a otros y finalmente inventaremos una nueva cultura, más humana y más respetuosa.

—La contención es liberticida: ¿tener un permiso para salir a la calle es monstruoso!

—Creo que la restricción es tranquilizadora, lo desconocido es agonizante. A las personas se les dice: “Si sales con un permiso, si te quedas en casa, si te lavas las manos, si estornudas en el codo, etc., aumentas las posibilidades de supervivencia”. Les damos un código de supervivencia. La gente tratará de respetarlo y creará en ellos la esperanza de sobrevivir. Vemos que, en las sociedades libres y fáciles como las sociedades europeas, hay muchos suicidios, porque las personas ya no tienen un código. Lo prohibido es una estructura afectiva tranquilizadora, lo prohibido no es la prevención. El impedimento es la dictadura, donde no tienes derecho a hacer nada.

—El encierro sigue siendo una prisión.

—Sí, pero tenemos que hacerlo. En cualquier caso, nuestras sociedades se han vuelto ansiosas porque ya no hay suficientes reglas para vivir juntas y el individualismo se ha

desarrollado de manera extrema. Entonces, hemos visto reaparecer la violencia en todas sus formas, la violencia de las violaciones, la violencia entre pandillas, la violencia gratuita. Cuando trabajaba como psiquiatra en ejercicio, tenía muchos niños muy delincuentes que peleaban todo el tiempo, que robaban, que no respetaban nada y que eran muy infelices. Junto a La Seyne-sur-Mer, donde vivo, cerca de Toulon, estaba la Legión Extranjera. Estos jóvenes eran tan infelices que, muy a menudo, se alistaban en el ejército, en la policía o en la Legión Extranjera. En la Legión extranjera, Hay un código que me parece increíblemente feroz. Bueno, estos tipos estaban protegidos por este código feroz. Aceptaron este código, fueron felices y cuando se retiraron, en la Legión, eran alrededor de 32 o 33, comenzaron a deprimirse y se suicidaron.

—¿La parte más difícil en el confinamiento es la ausencia de contacto humano?

—Por supuesto, pero ya teníamos cada vez menos contacto humano antes de la epidemia. La pantalla, que mejora la comunicación, altera las relaciones humanas. Cuando nos comunicamos por pantalla o por SMS, como lo hacen los jóvenes, la relación humana se deteriora, se daña. He visto que el 40% de los adolescentes no contestan el teléfono cuando ven que sus padres los están llamando, pero dicen que los aman. Los aman, pero ya no hay ninguna relación con ellos. Creo que después de la epidemia, habrá una explosión de relaciones, asociaciones, lugares de diálogo.

—Para apoyar el encierro, los italianos cantan en su balcón. ¿Esa es una buena respuesta?

—Durante las epidemias de la Edad Media, 1348, 1720, hubo diferentes reacciones. Hubo quienes, mientras morían, le agradecieron a Dios. Después del terremoto en Haití en 2010, volví a ver procesiones, personas vestidas de blanco con antorchas, que cantaban: “Gracias, Dios mío, por enviarnos el terremoto para hacernos entender que no te adoraba lo suficiente. Gracias a esta tragedia, te amaremos aún más”. Doscientos cincuenta mil muertos en un minuto, ¡gracias Dios mío! Y también hay otros tipos de reacciones que hemos observado en la historia, como estas personas que, durante las epidemias de peste en Provenza, produjeron bacanal, se emborracharon, tuvieron relaciones sexuales sin restricciones, bailaron antes de morir. Tuvimos lo mismo durante el Terror, durante la Revolución Francesa.

—Como ya no podemos salir de casa, creará miseria sexual.

—Por ahora, sí, pero también creará una necesidad sexual más amplia y revivirá una forma de sueño sexual. El encierro causará un sueño de apego y ya no una sexualidad desenfundada. La sexualidad volverá a ser romántica, mientras que en los últimos años ha sido una sexualidad torpe, una sexualidad que había perdido todo ese aspecto de ternura. Redescubriremos el apego, el príncipe azul, la mujer de sus sueños... Y cuando todo comience de nuevo, redescubriremos los lazos de afecto en parejas y familias.

—Para una pareja obligada a vivir juntos las 24 horas del día, ¿eso puede estimular la sexualidad?

—Durante la Segunda Guerra Mundial, hubo un toque de queda, pero fue solo de noche, desde las 6 p.m. La gente salía durante el día a buscar comida, pero se veían obligados a permanecer encerrados por la noche, no había o muy pocas radios, ni televisión. La gente probablemente tenía una sexualidad burguesa, no era una sexualidad de aventura sino de ternura.

—Algunos estudios predicen un *baby boom* en nueve meses.

—Es probable que ya haya sucedido en circunstancias comparables. Cuando hubo apagones gigantes en los Estados Unidos durante varios días, nueve meses después, hubo un aumento en los nacimientos.

—A nivel familiar, ¿el confinamiento aliviará o agravará las tensiones?

—Desarrollará el apego. Siempre es el mismo principio: cuando el medio ambiente es peligroso, la familia se convierte nuevamente en el refugio de protección.

—¿Cómo mantenerse enclaustrado en casa?

—Cada persona encontrará lo suyo. La guitarra, los juegos de mesa, la lectura, la música, la escritura ... Todos encontrarán su mecanismo de defensa y disfrutarán de él, porque el aburrimiento es un muy buen estímulo para la creatividad.

—¿Hay un placer cívico en saber que compartimos las mismas dificultades que los demás?

—Sí, es parte de los lazos de solidaridad. Al comienzo de las guerras, las personas están muy unidas por tener un enemigo común. Al comienzo de la guerra de 1914, como la guerra de 1939, los franceses se unieron en odio a los boches. No duró mucho, pero al principio unió el amor de los franceses. Había canciones: “Las tendremos, las tendremos”. Pero cuando estalló la guerra, prevaleció lo real y allí fue un desastre.

—En su discurso de la semana pasada, Emmanuel Macron dijo seis veces: “Estamos en guerra”. ¿Este tipo de discurso marcial hace algún bien?

—Ah sí, porque hace que la gente se una. Macron tiene toda la razón, estamos en guerra con el virus. Y para ganar la guerra, por lo tanto, existen estas instrucciones de confinamiento que funcionan, ya que los chinos las han usado y que después de dos meses, la curva de los enfermos comienza a caer de regreso a casa.

—En Inglaterra, no hay confinamiento, pubs, restaurantes, teatros están abiertos.

—En unos meses sabremos cuál fue el enfoque correcto. Si hay menos muertes en Inglaterra que en Europa, esta será la prueba de que hubiera estado mal hacer el confinamiento. Pero si hay más muertes en Inglaterra que en el resto del mundo, bueno, es porque Boris Johnson habrá sido un criminal.

—¿Terminará en el Tribunal de La Haya?

—Espero que eso sea lo que le espera.

—¿Cómo experimentas el encierro?

—El encierro me liberará de los innumerables viajes que había planeado, las conferencias que tuve que dar y, de repente, tendré más tiempo para leer y escribir. Y como tengo un jardín, bueno, voy a cultivar aún más.

—¿Entonces te llevas bien con el virus?

—Todavía estoy preocupado por las personas que amo y por mí también, porque estoy con mi esposa en el grupo de edad de personas vulnerables. Respetaremos el encierro, ¡hay interés! También me preocupo por mis hijos y nietos.

—¿No se hizo una prueba para averiguar si había estado en contacto con el virus?

—No, ya no es útil. Ahora, o tenemos una enfermedad similar a la gripe que pasa por sí sola, o tenemos un problema que nos obligará a ir a una unidad de cuidados intensivos. Y yo soy parte del grupo de edad que puede no salir vivo de este servicio de reanimación.

—No estás particularmente ansioso por la muerte.

—Voy a tener 83 años, así que la muerte, para mí, se está acercando. Solo puedo consentirlo y vivir lo mejor que pueda. ¡Mientras esté vivo, no estoy muerto! Solo puedo tratar de vivir plenamente mientras espero.

El punto final de un tipo de civilización

*Manuel Antonio Garretón*⁴⁹

*Publicado en Emol.com el 31 de marzo.*⁵⁰

Antes de profundizar sobre los efectos que la pandemia de Covid-19 está teniendo en la sociedad planetaria, Manuel Antonio Garretón enumera otras dos "grandes catástrofes o tragedias" que vinieron antes, a partir del siglo XX. La primera, dice, fue la Gran Depresión del '29, después vino la Segunda Guerra Mundial y hoy, se atreve a decir, estamos ante una tercera. "Las crisis o las epidemias anteriores, como la económica del 2008 o la del ébola, no han tenido este impacto. La pregunta que uno tiene que hacerse es: ¿A qué transformaciones va a dar origen esta pandemia? Porque no vamos a poder seguir viviendo del modo en que vivíamos", agrega. Pone un ejemplo: la crisis medioambiental y la forma en que las emisiones de carbono se redujeron como consecuencia del coronavirus.

⁴⁹ Sociólogo, académico de la U. de Chile y Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales.

⁵⁰<<https://www.emol.com/noticias/Nacional/2020/03/31/981557/Garreton-coronavirus-punto-final-civilizacion.html>>. Por Consuelo Ferrer.

"Lo que se está planteando es lo siguiente: no era necesario tener esa manera de vivir, de producir, de organizarnos, que además fue agravada por el extremo mercantilismo de los modelos neoliberales. Y si nos planteamos que durante un buen tiempo la educación va a ser a través de internet y otros medios virtuales, sin la presencia física, ¿se justifican estas formas de sistemas escolares o universitarios que llevamos durante dos siglos? ¿No hay que repensar eso también?", dice.

—Entonces, ¿a qué transformaciones va a dar origen esta pandemia?

—Más allá de los aspectos estrictamente sanitarios, mi impresión es que estamos llegando a un punto final de un tipo de civilización que hay que revisar enteramente, y esto va a afectar profundamente nuestro modo de vida y nuestras formas de organización.

—Se ha hablado mucho de eso: cosas que parecían imposibles, como que las fábricas se detuvieran o que las personas trabajaran de forma remota, terminan siendo posibles cuando las condiciones son extremas.

—Y no solo eso: cosas que tomaban años —¡años, antes!— para resolverse, ahora se pueden resolver en dos o tres días, entre otras cosas por la ayuda que significa la tecnología actualmente

—¿Y qué es lo que tendrá que cambiar?

—Va a tener que haber un cambio radical del modo como vivimos. Hay una cantidad de cosas que consumimos que

no son necesarias: no es necesario que pasemos de un celular a otro simplemente porque la tecnología avanzó, y no porque tuvimos la necesidad. Mi impresión es que tenemos que ir mucho más hacia una economía de las necesidades que tenemos como sociedad y como individuos, y esto tiene que alejarnos necesariamente de una economía del poder de consumo. No puede una sociedad definir su crecimiento sobre la base de la capacidad del dinero que cada uno tiene que para comprar lo que quiera.

—Pero precisamente la idea que hoy existe del "éxito" está asociada no a comprar lo que necesito, sino lo que quiero.

—Es que aquí tiene que haber un cambio muy, pero muy radical de mentalidades, en el cual lo que venimos haciendo por 200 años, acelerado en los últimos 20 o 30, tiene que ser de alguna manera cambiado. La humanidad no resiste, como ha vivido hasta ahora, mucho tiempo más. Para poder salvarnos del coronavirus, tuvimos que hacer un gran avance en los temas medioambientales. Fue obligados, sin darnos cuenta, sin querer hacerlo, pero así fue. Cuando salgamos del coronavirus, ¿vamos a volver a tener entonces los mismos niveles de emisión que teníamos antes? ¡Eso no es posible!

—Y va a existir el antecedente de que se puede hacer otra cosa.

—Exactamente: se puede vivir. El punto es cómo uno se organiza y cuáles son los debates y las conversaciones que se generan al respecto. Una reorganización global De la Segunda Guerra Mundial surgió la Organización de las

Naciones Unidas. De esta crisis tendrá que salir algo análogo. La ONU no logró limitar la soberanía de los Estados poderosos, pero sí logró crear un cierto poder mundial. Bueno, hay que pensar eso a nivel sanitario para el futuro: hay que pensar que la OMS, o quien sea, deberá tener un poder mucho mayor, porque estamos frente a una crisis que es global y que no es solo confinada a los países. ¿Hasta qué punto los Estados nacionales van a poder tener una total soberanía, cuando lo que hacen afecta a los otros países?

—Es una problemática que también se ha planteado de la mano de la crisis climática.

—La solución, si la crisis es global, va a tener que ser global. Uno de los modelos posibles es la expansión de la crisis del coronavirus a países que prácticamente no tienen Estado o que no tienen el Estado necesario o recursos para enfrentarlo. Entonces, mientras se aplana la curva en los países europeos y desarrollados, lo que se va a producir es una pandemia enorme. ¿No va a tener que haber entonces un poder mundial que sea capaz de trasladar recursos médicos, económicos, hospitalarios a esos países?

—Se ha usado como argumento para que los ciudadanos no acaparen mascarillas: de qué serviría que alguien las compre todas, si el de al lado no va a tener. ¿En el fondo, si no tenemos los recursos para que todo el mundo se proteja, nadie estaría protegido?

—Hay países que simplemente no tienen los recursos médicos. Mi impresión es que lo que va a haber que hacer es un plan mundial en que se puedan trasladar equipos

médicos de otras partes del mundo a esos continentes. Hay que ver cómo se hace y cómo se organiza para evitar nuevas contaminaciones, pero va a haber que hacerlo.

—Ya sabemos que China puede levantar hospitales en diez días.

—Exactamente, y esa capacidad va a tener que estar a disposición de toda la humanidad y no solo de China. Hay que repensar no sólo la forma como organizamos nuestras vidas cotidianas, sino también cómo se organizan las sociedades. En ese sentido, vamos a enfrentar otro tipo de problemas. Por ejemplo: ¿cuáles son los países que han tenido más éxito en la lucha contra este virus? Son los países asiáticos, de tradición más autoritaria, por lo tanto, ellos logran hacer un control mucho mayor de la población, de maneras que algunas veces resultan aterradoras.

—¿Como cuáles?

—Como el control biométrico. Al final se puede saber la temperatura, la alimentación, el desplazamiento de cada uno, y por lo tanto se puede controlar. Eso hace que se corra el riesgo de que haya un control de los grandes poderes sobre los ciudadanos; que efectivamente se pueda resolver el tema del coronavirus, pero que el precio sean Estados, de alguna manera, totalitarios, que permeen cada uno de los aspectos de la vida cotidiana de la gente.

—Es un tema que también se planteó cuando había incertidumbre sobre la viabilidad del plebiscito. Algunos sugirieron implementar el voto electrónico y otros se opusieron a entregar esa información al Estado en un momento en que las garantías no serían la prioridad.

—Hay un problema en el tema del Big Data y quiénes lo controlan. Mi impresión es que hay que caminar a formas de socialización de ello. No pueden tener ciertos poderes la capacidad de almacenar o de manejar datos individuales, que los individuos o los grupos sociales no puedan tener. Tengo la impresión de que es evidentemente necesario que en un momento se pueda avanzar bastante en el control de epidemias por ejemplo con la biometría, pero hay que democratizar esa información.

—La tecnología como arma de doble filo.

—La ciencia tiene un papel central, pero también puede ser un poder que quede reducido a algunos y que un nuevo poder o una nueva elite se constituya a partir del conocimiento. Es interesante entender que al final hay una necesidad absoluta de soluciones políticas, y la política consiste fundamentalmente en la capacidad de redistribuir el poder en una sociedad. Por otro lado, los países asiáticos también tienen una ventaja que tiene un componente ético importante: son países con un sentimiento más colectivo, en los cuales existe una mayor confianza con el Estado.

El escenario actual, además, pone un fuerte foco en la gestión de los Estados. Por un lado, uno de los grandes problemas va a ser cómo logramos un balance para que

haya un poder del Estado que realmente pueda ejercer su autoridad para resolver el problema, pero por otro lado cómo se hace para que eso no sea un control autoritario, que es el problema que ocurre en otros países. En otros países se ha producido una enorme desconfianza precisamente del Estado y de las instituciones.

—En Chile, el coronavirus llegó en medio de un proceso social y político, ¿cómo dialogan ambas situaciones?

—Mi impresión es que el estallido mostró algo, a mi juicio, indiscutible, aunque no me parece que sea positivo: este es un país polarizado, donde el *affectio societatis* —el hecho de que yo considere que el otro es alguien digno de vivir igual que yo— está bastante segregado. No todo el mundo piensa que el otro, que un determinado otro, forma parte de la misma sociedad en la que yo vivo. Los tremendos crímenes provocados por la dictadura, las enormes desigualdades posteriores, el tema del abuso, fue porque se dijo "hay gente que no siento que sea parte de la misma comunidad en la que yo vivo", y yo creo que eso obedecía a una realidad, porque hubo un cansancio de los abusos, de la desigualdad y un sentimiento de injusticia por una colusión de todas las instituciones, que hacía que todas las cosas se mantuvieran. Eso aumentó y agravó la desconfianza y por lo tanto la mantención de las movilizaciones todos los días porque nadie cree que le van a solucionar el problema.

—¿Y eso cambia con esta crisis?

—Eso no ha desaparecido, pero existe el espacio, la necesidad de creer que alguien que solo perseguía una finalidad que tenía que ver con los objetivos que se planteaba un determinado gobierno o grupo político, también puede ser alguien interesado en la colectividad, en la sociedad. Existe el espacio para reproducir una relación entre el Estado y los distintos grupos sociales, en el sentido de un sentimiento de comunidad. Eso no puede ser solo temporal y tampoco puede ser al precio de acallar para siempre las demandas y las necesidades de transformación que la gente estaba planteando a través de las movilizaciones del estallido.

—¿Cómo alcanzar un nuevo equilibrio?

—En una de las cosas que me tocó escribir respecto del estallido hacía ver tres formas en que las grandes rupturas —que es evidente que se produjo entre la política institucional y la sociedad— se pueden reconstruir. Una forma es a través de las elecciones, que en el caso chileno no resultó; otra es a través de liderazgos personales, pero que tienden a ser muy autoritarios o populistas, lo que tampoco es deseable; y la otra es a través de las grandes catástrofes y crisis. Hay un momento en que lo colectivo puede primar sobre lo individual, y también puede restablecerse una confianza con el Estado y con las instituciones.

—Usted se refiere a la crisis social como "lo individual", cuando la noción asociada al movimiento es una de masividad. ¿Esto pone en entredicho también lo que pensábamos que era colectivo?

—Yo creo que había un extremo individualismo, y que ese individualismo era a veces superado por un sentimiento colectivo, pero un sentimiento colectivo segregado, que abarcaba a un grupo: a mi grupo. Eso está bien, porque eran precisamente "mi grupo" y ciertos sectores los que se sentían abusados y sometidos a desigualdades, pero hoy día, sin que desaparezca lo anterior, lo que hay es entender que hay una colectividad o una comunidad que no elimina los intereses contradictorios, pero que es más que mi propio interés individual, o de mi grupo, o de los que son iguales a mí.

—¿Qué oportunidad plantea esta contemporaneidad de crisis?

—Tenemos que tener la capacidad de entender y debatir que estamos en la posibilidad de un cambio civilizatorio, y ese cambio, en el caso chileno, va acompañado también de una nueva manera de entender la relación entre la política institucional, el Estado y la vida de la gente, por eso es tan importante que una crisis como esta, que obliga a lo que estamos haciendo, no interrumpa para siempre lo que era la otra manera que habíamos descubierto para reencontrarnos como país, que era el proceso constituyente.

—¿Cómo se debería restablecer la confianza de los ciudadanos con el Estado y las instituciones?

—Lo que hay que tratar es que sea —y voy a usar una palabra que a mí no me gusta— empoderando no solo a cada ciudadano, sino entendiendo las formas de organización que la ciudadanía tiene —ya sean los municipios, las mismas escuelas, los colegios, los trabajos, los distintos lugares donde la gente se agrupa— y que tengan allí a disposición toda la información que la ciencia está aportando y que ya no sea filtrada por los gobiernos. Que se vaya estableciendo un diálogo entre individuos que tienen sus propias herramientas, que no están solos, sino que pueden debatir y conversar entre ellos. La idea no es que se nos obligue a no hacer algo, sino que creamos que no hacer algo determinado es lo mejor. Las grandes epidemias se detuvieron en parte por el uso del jabón, que no fue obligado: la gente entendió que si se jabonaba detenía las infecciones. De eso, de alguna manera, se trata.

En el nuevo escenario social al que ha obligado el coronavirus, surge una paradoja. Tiene que ver con la solución que se ha dado en casi todos los países: el aislamiento, o el distanciamiento social, es lo más contrario que hay a la sociedad humana.

—¿Por qué?

—Lo que nos define como humanidad es nuestra relación con el otro, y el aislamiento significa que yo no vea, no esté, no me relacione con el otro. Uno se preguntaría: ¿es un llamado al individualismo o al egoísmo? No, no lo es, y eso

es lo interesante. El llamado al distanciamiento es precisamente "yo me aílo y me distancio, pero no solo para cuidarme yo, sino para cuidar al otro". La mayor posibilidad de cohesión social existe si yo lo que hago es un acto individual de aislarme, y hay que entenderlo así: no me aílo solo para preservarme, sino para preservar al conjunto de la sociedad.

—Puede ser difícil pensar en lo colectivo desde el aislamiento. Llega a ser una abstracción.

—También hay quienes no se aíslan por preocupación de los otros, como los profesionales de la salud y una cantidad enorme de personas que siguen sirviendo al país, pero el que no se aísla porque no creyó en nada hoy constituye el acto más grande de egoísmo e individualismo, y el que se aísla sólo porque se quiere salvar a sí mismo y no tiene preocupación del otro, a mi juicio también es individualista y egoísta. Mi impresión es que hoy día tanto la presencia en algunos trabajos como el aislamiento para proteger al otro son un acto de solidaridad.

—¿Qué expectativas tiene de una sociedad que se volverá a encontrar en la calle después de un largo periodo de cuarentena?

—Espero que la normalidad no sea exactamente la que teníamos, que no salga la gente a las calles de nuevo para el puro consumo y para restablecer lo que era la situación anterior, sino buscar formas nuevas. Me imagino que va a haber una transformación de los sistemas educacionales y creo que va a ser importante volver a plantear el tema del proceso constituyente. Quizás, esta vez, va a ser menos

conflictivo, más diverso, con opiniones distintas, pero con más sentido de comunidad, y en ese sentido yo sería partidario de tener la grandeza de restablecer el voto obligatorio ya para el plebiscito de entrada, que todos sientan que es un deber.

—¿Cree que cambie la forma de entender el voto?

—Mi impresión es que, cuando se estableció el voto voluntario, lo que primó fue la idea de que el voto era un bien de consumo, algo que si quiero lo tomo o si quiero no, me gusta o no me gusta, como ir al supermercado, y la comunidad política no es un supermercado: es una obligación hacerlo, y si esa obligación no se siente voluntariamente, entonces hay que imponerla, porque es un deber. Creo que lo que podemos haber avanzado culturalmente —todo puede ser reversible y eso sería malo— es haber aprendido que tenemos no solo derechos, los que tenemos que defender a fondo, sino que también tenemos deberes, y era un deber hacia el otro, y no solo hacia mí, el no salir a las calles.

—¿Entonces usted plantea que los chilenos en octubre hicieron un ejercicio de derechos, al salir a la calle, y en marzo uno de deberes, al volver a las casas?

—¡Es una manera de verlo! Si juntamos las dos cosas, es lo que significa recomponer la forma como nos organizamos como sociedad.

Covid19 |  Editores